

Mejor



Una ventana abierta al mundo

El Correo

Abril 1975 (año XXVIII) - Precio : 2,80 francos franceses

EL SAHEL

Sequía y éxodo





Foto © Museo del Hombre, París

TESOROS
DEL ARTE
MUNDIAL

Año
Internacional
de la Mujer

98 *México*

Chalchihuitlicue, la diosa del agua

Esta estatuilla azteca de fines del siglo XV o principios del XVI representa a Chalchihuitlicue, diosa del agua y compañera de Tlaloc, el dios de la lluvia (véase *El Correo de la Unesco*, página 2, agosto-septiembre de 1973). La diosa, cuyo nombre significa literalmente «la que lleva una falda de piedras verdes», aparece aquí arrodillada a la manera de las indias cuando muelen el maíz. Su falda estaba primitivamente incrustada de piedras preciosas de color verde, hoy desaparecidas. Para los aztecas el color verde tenía un significado mítico, vinculado al agua y al renacimiento de la vida.

ABRIL 1975 AÑO XXVIII

PUBLICADO EN 15 IDIOMAS

Español	Arabe	Hebreo
Inglés	Japonés	Persa
Francés	Italiano	Portugués
Ruso	Hindi	Neerlandés
Alemán	Tamul	Turco

Publicación mensual de la **UNESCO**
(Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 Paris
Tarifa de suscripción anual : 28 francos
Tapas para 11 números : 24 francos

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De **EL CORREO DE LA UNESCO**", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducirse los artículos y las fotos deberá hacerse constar el nombre del autor. En lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 Paris

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefes de Redacción
René Caloz
Olga Rödel

Redactores Principales
Español : Francisco Fernández-Santos
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Georgi Stetsenko
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Kazuo Akao (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)
Hindi : Sayed Asad Ali (Delhi)
Tamul : N.D. Sundaravadevelu (Madrás)
Hebreo : Alexander Broïdo (Tel Aviv)
Persa : Fereyduñ Ardalan (Teherán)
Portugués : Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Telci (Estambul)

Redactores
Español : Jorge Enrique Adoum
Francés : Philippe Ouannés
Inglés : Roy Malkin

Ilustración : Anne-Marie Maillard

Documentación : Christiane Boucher

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

A NUESTROS LECTORES

Tanto este como el anterior número de El Correo de la Unesco han aparecido con retraso considerable como resultado de una huelga de nuestra imprenta de Paris. De ello pedimos excusas a nuestros lectores.

Página

**4 UN DRAMA AFRICANO :
LOS CONDENADOS DEL DESIERTO**
par Howard Brabyn

10 EL SAHEL
por Jacques Bugnicourt, con la colaboración de Cato Aall, Ibrahima Ali, Mamane Annou, Padre Georges Arnoux, Alioune Ba, Cheick Bocoum, Ahmadou Diallo, Ousmane Diatta, Marie-Claire Frendo, Mohamed Al Gatri, Louise Hardy, Robert Hardy, Elisabeth Helsing, Dioulde Laya, Albert N'Diaye, Emmanuel Ngiriye, Daniel Reelfs, Patrice Sawadogo y Mohamed Sghir.

1. UN PUEBLO PRIVADO DE SU MEDIO SECULAR

**14 2. EL TUAREG Y SU REBAÑO
EN LUCHA A MUERTE CONTRA LA SEQUIA**

**20 3. LOS NOMADAS, UNA POBLACION AL MARGEN
DE LA ECONOMIA MODERNA**

**26 4. LLEGARON VEINTE MIL,
PERO ¿ CUANTOS EMPRENDIERON EL CAMINO ?**

30 5. ¿ UN EXODO SIN ESPERANZA DE RETORNO ?

19 CARAVANAS DE LA SAL
Fotos

33 LOS LECTORES NOS ESCRIBEN

34 LATITUDES Y LONGITUDES

2 TESOROS DEL ARTE MUNDIAL
Año Internacional de la Mujer
La diosa del agua (México)

Nuestra portada

¿Qué porvenir espera a los sobrevivientes de la tragedia en que los largos años de sequía han sumido al Sahel, esa franja de tierras áridas que bordean todo el sur del Sáhara, desde Mauritania hasta el Sudán? El ya difícil equilibrio entre el hombre y el medio, que permitía a los ganaderos nómadas subsistir en esa zona, parece hoy destruido. Por otra parte, las modificaciones económicas y sociales que se han producido desde hace unos decenios han dado origen a un proceso que podría ser irreversible: el nomadismo, por lo menos tal como muchos pueblos del Sahel lo han practicado desde hace siglos, puede desaparecer para siempre. El presente número de El Correo de la Unesco trata de responder a tan grave cuestión. En la portada, una familia de tuaregs en busca de un pozo.



Foto Raymond Depardon © Gamma, Paris

Nº 4 - 1975 MC 75-3-309



18. APR. 1975

Un drama africano:



los condenados del desierto

por Howard Brabyn

“ En un lapso de 50 años... el avance del desierto amenaza con borrar completamente del mapa a tres o cuatro países de Africa ”

Kurt Waldheim
Secretario General de las Naciones Unidas

(en un discurso pronunciado ante el Comité Interestatal de Lucha contra la Sequía en el Sahel, en Uagadugú, Alto Volta, el 21 de febrero de 1974)

COMO los tuaregs que recorren sus comarcas septentrionales, el Sahel es una franja nómada, móvil y de transición entre los arenales del Sáhara y las regiones agrícolas del Sudán, cuyos límites se dilatan y contraen en consonancia con el volumen de la lluvia que cae —o que no cae— cada año.

Por ello, el «Sahel» (palabra árabe que quiere decir «frontera») es esencialmente el calificativo climático de una región de casi cuatro millones de kilómetros cuadrados de tierras semi-áridas que se extiende a lo ancho del continente africano, desde Mauritania y el Senegal, al oeste, hasta Chad y los confines del Sudán, pasando por Malí, Alto Volta y Níger.

En las tierras que se extienden hacia el sur desde las márgenes meridionales del Sáhara, grupos de pastores nómadas explotan los escuálidos recursos de una franja de tierra cuyas precipitaciones medias anuales oscilan entre 100 y 350 mm. Más al sur, en una región de 350 a 600 mm de lluvia, coexisten los pastores y los agricultores; estos últimos truecan sus cereales por los productos pecuarios de aquéllos: carne, cueros y pieles.

Para comprender lo que suponen esas cifras de precipitaciones hay que tener presente que, en el Sahel, la lluvia cae en rachas cortas y concentradas y que, debido a la evaporación, se pierde del 80 al 90 por ciento de la humedad así originada. En las zonas templadas del planeta, las precipitaciones no son mucho mayores (en París, por ejemplo, equivalen sólo a 650 mm) pero están más equitativamente repartidas a lo largo de todo el año y las pérdidas provocadas por la evaporación son insignificantes.

Variaciones anuales relativamente pequeñas de las precipitaciones pueden transformar enormes extensiones de terreno. Así, por ejemplo, en 1941-1942 las lluvias fueron inferiores a 100 mm en una superficie de 340.000 kilómetros cuadrados en Mauritania. Resultado: toda la zona (es decir, la tercera parte de la superficie total del país) se convirtió en un inhóspito desierto. Diez años más tarde, al volver a rebasar las precipitaciones la cifra de 100 mm, los pastores nómadas podían apacentar su ganado en esas mismas tierras. Basta con otra oscilación del péndulo para que se invierta de nuevo la situación. En los diez años últimos, el Sáhara ha avanzado inexorablemente hacia el sur adentrándose hasta 150 kilómetros en lo que antes eran tierras de pastos para los nómadas.

Dada esta movilidad del medio natural, la población de la región ha tenido que establecer toda una serie

de estilos de vida diversos pero interdependientes, adaptados específicamente a un régimen estacional y cíclico de humedad insuficiente. En otras palabras, la semiaridez es una constante del Sahel y en ella se basa todo el estilo de vida de su población.

Ahora bien, si esto es así, ¿por qué ha tenido consecuencias tan graves la sequía de los últimos años? Si el modo de vida que se ha ido elaborando a lo largo de los siglos en el Sahel estaba concebido específicamente para hacer frente a esa semiaridez, ¿por qué ha fracasado tan estrepitosamente ante lo que ha sido —preciso es reconocerlo— un periodo excepcionalmente grave de sequía?

La respuesta es que diversas innovaciones técnicas y socioeconómicas, importadas del exterior, han perturbado el precario equilibrio de la región. Estas innovaciones fueron introducidas con las mejores intenciones del mundo. ¿Hay algo más útil en la práctica para el pastor de una región propensa a la sequía que la perforación de pozos profundos y la creación de una cadena de ojos o puntos de agua para el ganado? ¿Hay algo más lógico que combatir y eliminar las enfermedades endémicas, que diezmaban periódicamente los rebaños de los nómadas?

Esas innovaciones no han afectado solamente a los pastores. Para ayudar a los campesinos, se introdujeron cultivos comerciales como el algodón, el cacahuate y el arroz. La población creció, y hubo que dedicar a la agricultura una proporción mayor de unas tierras que antes eran de pastoreo.

Al quedar eliminadas en gran medida las enfermedades, los hatos de ganado de los nómadas se multiplicaron y un número creciente de reses se concentraron en una superficie cada vez menor de pastos. Al hacinarse en torno a los ojos de agua de nueva creación, esos rebaños más numerosos deterioraron muy pronto los frágiles pastos. Así pues, el esfuerzo por resolver los problemas de abastecimiento de agua y de sanidad animal dio lugar, al agravarse la sequía, a un nuevo problema, a saber, el hambre. Durante la sequía de los cinco años últimos, más de la tercera parte de la ganadería ha muerto de hambre, y no de sed o de enfermedades.

Tradicionalmente, el nómada se sentía obligado a mantener el mayor número posible de reses con objeto de prevenir los estragos de la enfermedad, de la sequía y de los merodeadores. Los ojos de agua eran menos numerosos, pero su utilización estaba regulada conjuntamente por el uso de la fuerza, los acuerdos y la costumbre. Al desaparecer las enfermedades y

HOWARD BRABYN, escritor y periodista especializado en cuestiones científicas, es redactor jefe de la revista trimestral de la Unesco *Nature et Ressources-Nature and Resources*. Anteriormente fue redactor de *El Correo de la Unesco*.



Dos imágenes de la miseria de las poblaciones nómadas del Sahel. Hombres, mujeres y niños recogen los granos de cereales que han podido dispersarse en el suelo tras un lanzamiento de víveres en paracaídas. Pese a los esfuerzos de las organizaciones de socorro, este maná caído del cielo no pudo asegurar la supervivencia de todas las poblaciones que en una zona de 6.000 km de largo hubieron de sufrir la terrible sequía en 1973 y 1974.

Millares de ganaderos tuaregs emigraron del Sahel para huir del hambre. Algunos atravesaron el Sáhara con la idea de llegar al sur de Argelia. Pero, a despecho de los esfuerzos del gobierno argelino y de la Media Luna Roja (la Cruz Roja de los países islámicos), el agotamiento y las enfermedades multiplicaron el número de muertos. En la foto, tomada en 1974, supervivientes del éxodo en Tim Gauin, Argelia.



mitigarse los problemas de abastecimiento de agua, los nómadas siguieron manteniendo grandes hatos como garantía contra unas catástrofes que ya no eran tan amenazadoras. Los acontecimientos ulteriores nos han mostrado que, de haberse combinado la mejora del abastecimiento de agua con una planificación controlada de los nuevos puntos de agua y la reducción de las enfermedades animales con unos planes de mejora de los pastos y unos acuerdos de comercialización más satisfactorios para poder absorber el aumento de la producción pecuaria, se habrían reducido las consecuencias del reciente desastre natural.

La destrucción de los recursos forrajeros y de los pastos básicos por un aprovechamiento excesivo, que ya era lo suficientemente grave antes de la última sequía, tuvo repercusiones catastróficas cuando las precipitaciones anuales resultaron considerablemente inferiores al promedio. Por consiguiente, el problema central del Sahel consiste en organizar los pastos con arreglo a unas condiciones climáticas fluctuantes y marginales, *en un determinado contexto social, económico y cultural*. Este problema no puede resolverse tomando medidas aisladas para zanjar una, dos o incluso media docena de dificultades concretas, sino que es preciso abordarlo desde el punto de vista del sistema global.

A este respecto, incumbe un papel decisivo al Programa de la Unesco sobre el Hombre y la Biosfera (MAB), con sus métodos integrados e interdisciplinarios de investigación, encaminados a mejorar la asociación del hombre con el medio ambiente y el aprovechamiento de éste por aquél. Uno de los objetivos principales de ese Programa consiste en examinar las consecuencias de la evolución de las poblaciones humanas, de las pautas de asentamiento y de la tecnología en los ecosistemas correspondientes.

Ahora bien, los problemas del Sahel revisten especial urgencia, y la Unesco tiene la suerte de contar con todo un caudal de experiencia y de materiales de investigación, gracias a su anterior programa de investigaciones sobre las zonas áridas. Este programa, que quedó terminado en 1962, dio origen a la publicación del Mapa de Suelos del Mundo, que es un mapa de vegetación que abarca toda África, y a la preparación de un mapa sobre las aguas subterráneas de África al norte del ecuador.

El programa vuelve a colocar al hombre en el primer plano de la investigación científica. En una reunión regional del MAB, celebrada en Niamey (Níger) en marzo de 1974, después de enumerar una serie de razones que explican el fracaso relativo de los anteriores planes de desarrollo del Sahel, los expertos del MAB llegaban a la siguiente conclusión:

«Pero quizá más importante todavía es que se ha prestado una atención insuficiente al contexto socioeconómico

y étnicocultural de la población local. Esta población tiene un conocimiento íntimo del medio ambiente y un venero de experiencia que no siempre hemos valorado o apreciado plenamente. Dadas la necesidad de que, en toda iniciativa eficaz de desarrollo, participe activamente la población local (con lo que queda excluida la imposición de modelos exteriores mal adaptados) y la desorganización del sistema pastoral después de un periodo de sequía, se recomienda que:

—en todas las operaciones de investigación y desarrollo se tenga en cuenta el marco social y económico de la población local;

—se consideren la experiencia y los conocimientos de la población local sobre la cría de ganado y el medio ambiente local como el punto de partida para los estudios previos a los proyectos de desarrollo;

—todas las iniciativas de investigación y desarrollo vayan unidas a una acción educativa, con objeto de que la población local aprecie plenamente su responsabilidad por lo que al aprovechamiento de su medio natural se refiere;

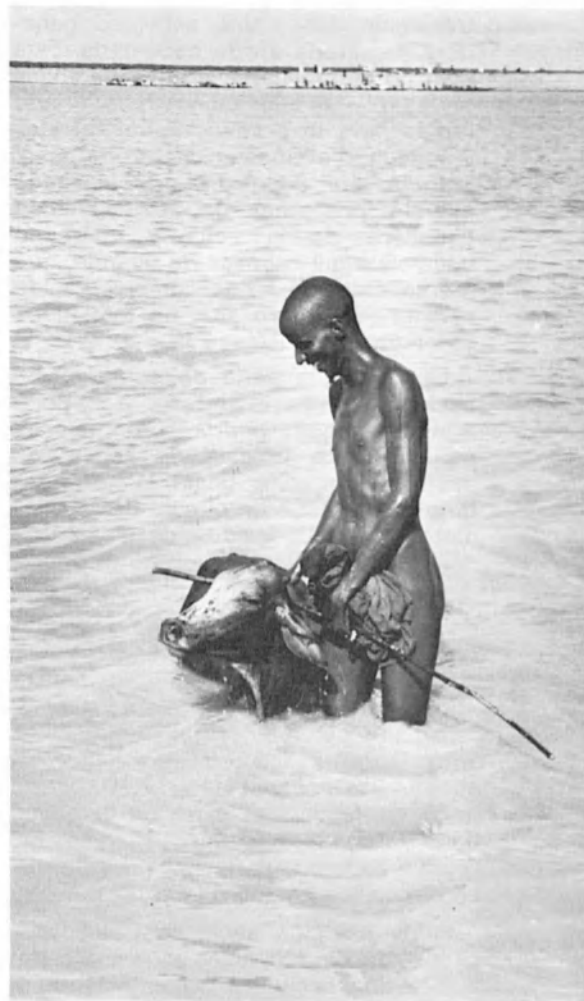
—en relación con la reciente sequía, se emprenda una evaluación detallada de la capacidad ganadera de la zona saheliana, así como un examen del comportamiento de la población local durante los años anteriores a la actual situación.»

Están ya en preparación varios proyectos de investigación experimentales, que tendrán principalmente por objeto dos situaciones humanas y ecológicas típicamente sahelianas.

La primera de ellas es la de las zonas de contacto entre las tierras de pastos y las agrícolas. En esas zonas de contacto, la finalidad principal de los estudios experimentales consistirá en contribuir a establecer directrices de ordenación de las tierras, basadas en unas relaciones sociales y económicas mutuamente beneficiosas entre los nómadas y los agricultores.

El segundo sector de investigación es el relacionado con aquellas regiones en las que las precipitaciones no bastan para mantener la agricultura y el principal tipo de aprovechamiento de la tierra es, y seguirá siendo probablemente, la cría de ganado con arreglo a un sistema nómada. La finalidad de estos proyectos experimentales consistirá en evaluar la capacidad ganadera de las tierras y en proporcionar directrices para su ordenación. También se examinarán en ellos la posibilidad y las consecuencias de una reorganización fundamental de la vida en las zonas rurales, como sería el paso de la ganadería nómada a la sedentaria.

Como ejemplo de lo que puede hacerse, el señor Gabriel Boudet, experto francés en acondicionamiento de pastos y consultor del MAB, ha propuesto un esbozo de plan de ordenación de tierras que entrañaría la



Fotos © Claude Sauvageot, París

El agua, fuente de vida

En las riberas del gran río Níger, un ganadero peul de Malí sonríe satisfecho mientras baña y abreva a su vaca. En cambio, lejos del río hay que procurarse a menudo el agua, siempre escasa, excavando agujeros en el lecho de los ríos secos. La chiquilla nigerina de la foto va llenando lentamente palanganas y cántaros con el agua que saca del correspondiente agujero.



Foto David Burnett © Gamma, París

EL CIRCULO DE LA VIDA. A fin de reducir los efectos devastadores de la sequía en el Sahel la Unesco ha realizado un estudio en el que se propone un plan de ordenación y rotación de los pastos destinados al ganado trashumante. El plan comprende un territorio circular de 20 kilómetros de diámetro en torno a un pozo central al cual convergen las cañadas del ganado y en el que podrían pastar unas 7.000 reses durante la estación seca. Los pastos de la estación húmeda (círculos pequeños del dibujo de abajo) se sitúan en la periferia; las aguas de lluvia se recogerían en charcas o balsas artificiales. Las familias de los pastores habitarían en una aldea construida a unos 500 metros del pozo.

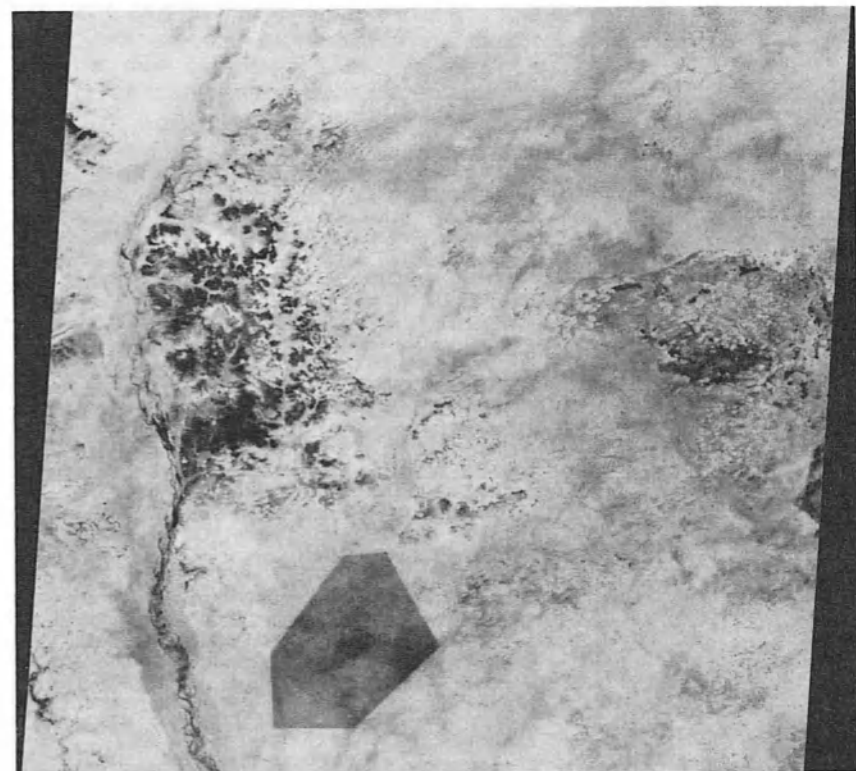
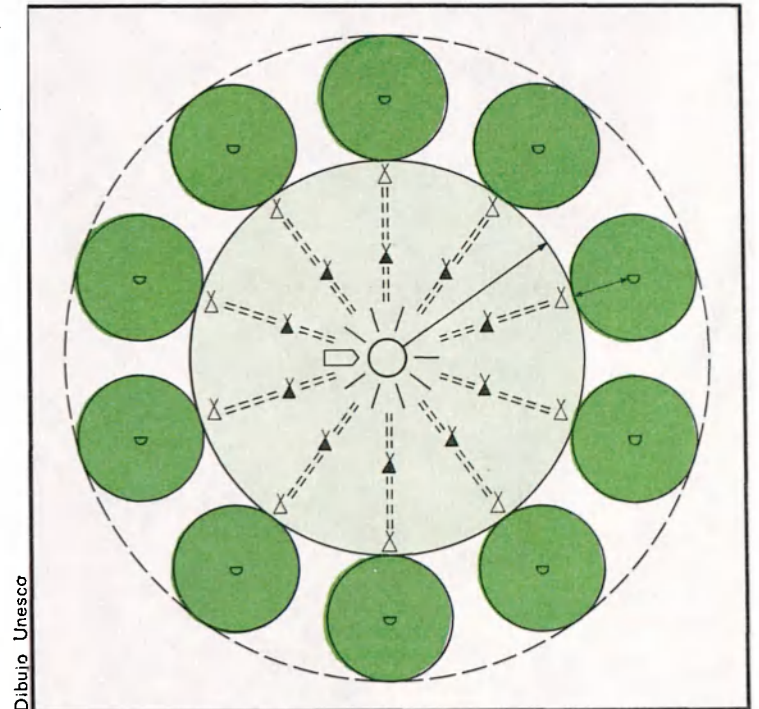


Foto NASA



Dibujo Unesco

- Balsa
- Pozo permanente
- Aldea de sedentarización
- △ Campamento para el inicio de la estación seca
- ▲ Campamento para el final de la estación seca
- ≡ Cañada para el ganado

Sahel

por Jacques Bugnicourt y un equipo internacional de colaboradores*



En las páginas que siguen, ofrecemos a nuestros lectores los capítulos más interesantes de un importante estudio realizado en Níger como parte de un programa de «Formación para el medio ambiente» que abarca el conjunto de África. Este programa ha sido emprendido conjuntamente por el Instituto Africano de Desarrollo Económico y Planificación (creado en Dakar por las Naciones Unidas y los Estados africanos), el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el SIDA (organismo sueco para el desarrollo internacional). El autor del estudio sobre el Sahel es el profesor francés Jacques Bugnicourt, del citado Instituto, quien ha contado con la colaboración de un equipo internacional formado por súbditos de 12 países de África, Europa y América*. El estudio se refiere esencialmente a las poblaciones sahelianas originarias del bucle del Níger a las que la sequía y el hambre han obligado a huir de sus derroteros tradicionales de trashumancia para terminar refugiándose cerca de Niamey. ¿Qué les depara el destino a estos nómadas desarraigados, privados de lo que desde hace siglos era su medio natural? ¿Es posible que un accidente climático ponga en peligro de desaparecer un modo de vida secular? El profesor Bugnicourt y sus colaboradores han tratado de dar respuesta a estas preguntas interrogando a los refugiados y compartiendo durante algún tiempo su dura existencia.

★ CATO AAL, médico (Noruega).
IBRAHIMA ALI, del Centro Nacional de Investigaciones en Ciencias Humanas (Níger).
MAMANE ANNOU, Secretario de Estado del Ministerio de Economía Rural, Clima y Ayuda a las Poblaciones (Níger).
PADRE GEORGES ARNOUX, de la Misión Católica de Niamey (Suiza).
ALIOUNE BA, estudiante de ciencias humanas (Mauritania).
CHEICK BOCOUM, participante voluntario en la encuesta (Níger).
AHMADOU DIALLO, especialista en ganadería (Mali).
OUSMANE DIATTA, dibujante (Senegal).
MARIE-CLAIRE FRENDO, geógrafo (Francia).
MOHAMED AL GATRI, intérprete (Mali).
LOUISE HARDY, asistente social (Canadá).
ROBERT HARDY, arquitecto (Canadá).
ELISABETH HELSING, nutricionista (Noruega).
DIOULDE LAYA, director del Centro Nacional de Investigaciones en Ciencias Humanas (Níger).
ALBERT N'DIAYE, de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África (Senegal).
EMMANUEL NGIRIYE, psicólogo (Burundi).
DANIEL REELFS, ingeniero sanitario de la OMS (Países Bajos).
PATRICE SAWADOGO, estadístico demógrafo (Alto Volta).
MOHAMED SGHIR, dibujante (Marruecos).

Foto Raymond Depardon © Gamma, París

1. Un pueblo privado de su medio secular

EL Sahel acaba de reverdecer. La hierba está apenas más espesa a lo largo de las pistas donde sucumbió el ganado de los tuaregs y de los peules. Al dramatizar bruscamente las consecuencias de una cierta orientación de la economía y de la política, la sequía y el hambre privaron a éstos de ese intermediario esencial entre la tierra árida y el hombre que son el camello y el buey, y les obligaron a abandonar el marco habitual de su existencia.

Hoy en día, son un pueblo privado de su medio natural.

¿Cómo han podido llegar a tal situación estos pueblos nómadas? ¿Qué cabe hacer por ellos? ¿Qué porvenir les espera? Esencialmente, hay que ir a los propios refugiados que han huido del desastre para encontrar respuesta a tales preguntas. Así, el presente trabajo tiene su origen en una encuesta realizada en el campamento del Lazareto (situado a seis kilómetros de Niamey, capital de Níger), donde, en marzo de 1974, se hacinaban más de 13.000 nómadas, el 90 por ciento de los cuales eran tuaregs o árabes.

Nos hemos interesado sobre todo por la suerte de los nómadas, procedentes en su mayoría del bucle del Níger, que el éxodo precipitó hacia los centros del país y, en particular, hacia ese campamento.

Se trata esencialmente de estudiar el medio ambiente de un pueblo y lo que a ese pueblo le ocurre cuando se le expulsa de su mundo.

La historia reciente ha convertido al Sahel en una zona amenazada.

Hoy se halla en peligro la simbiosis que unía el medio —por muy duro que fuera— con el hombre, hasta el punto de que éste ya no está seguro de tener cabida en aquél.

Al norte del paralelo 15, la deterioración de las condiciones ecológicas en 1972-1973 llegó hasta el extremo de que el ganado ha desaparecido casi totalmente y la producción agrícola es rigurosamente nula. Se trata de una región de hambre y de éxodo.

Entre los paralelos 15 y 13 han desaparecido las aguas superficiales; con ellas se han desvanecido los cultivos complementarios y las posibilidades de cría de ganado; el agricultor no puede garantizar ya su propia seguridad alimentaria y financiera.

En cambio, entre los paralelos 12 y 13, aunque llueve poco, esas lluvias bastan para asegurar el rendimiento mínimo de ciertos cultivos básicos, esencialmente alimentarios, y el de los pastos.

Al sur del paralelo 12, la diversificación de los cultivos, por un lado, y unas lluvias menos infrecuentes, por otro, permiten pensar que esas

regiones no han quedado afectadas por la sequía de modo tan trágico en el plano agrícola y que las consecuencias serán menos duraderas.

Así pues, en menos de 250 kilómetros, del sur al norte, se pasa de una holgura relativa a la más total de las privaciones.

Es indudable que, a fines de 1972, en todo el Sahel septentrional los pastores que vivían más allá del paralelo 13 sólo podían elegir entre el exilio o la muerte.

En Níger, «en los últimos meses de 1972 se rebasó el nivel crítico en el caso de las poblaciones... nómadas y sedentarias de las regiones más septentrionales, que fueron las primeras afectadas y que habían llegado ya a su límite de adaptabilidad: 'Ya no hay nada que hacer' Empezaron a retirarse lentamente hacia el sur... y hacia las ciudades. (1)»

La situación no dejó de agravarse a lo largo de los meses siguientes.

En el otoño de 1973 el hambre pasó a ser dramática para muchos grupos sahelianos. Se dice que, cerca de Zinder, un pastor arrojó a su mujer y a sus dos hijos a un pozo para no verlos morir ante sus propios ojos. En la aldea abandonada de Hakkan, más o menos a 60 kilómetros al norte de Dakoro, «unos enfermeros encontraron el cuerpo reseco de un viejo andrajoso que había muerto de hambre y de sed; por lo visto, se habían ido todos sin que él se enterara» (2).

«Hemos llegado al extremo de que un padre tiene que olvidarse de su propio hijo», dice un jefe de tienda de Agadés.

Estos nómadas que se deciden a emigrar están acostumbrados desde siempre a unas condiciones de vida muy difíciles. El modo que tienen de explotar la naturaleza les sitúa a veces en la frontera de la subsistencia, pero hasta ahora podían mantenerse en ese límite.

Lo que ha ocurrido últimamente es que el medio natural ha desaparecido, igual que la vegetación y el agua, que los hatos y rebaños han muerto, y con ellos muchos hombres. Los nómadas «huyen del infierno» hacia un destino desconocido.

Empieza así una lamentable emigración. Para quienes tienen fuerzas para seguir hasta el final, se crean centros de distribución de víveres. Los refugiados se instalan en un mundo que no tiene nada en común con el que conocían antes.

(1) Yveline Poncet, *La sécheresse en Afrique sahélienne, une étude microrégionale en République du Niger : la région des Dallols*, OCDE, París, marzo de 1974.

(2) G. Arnoux (carta circular), Mission catholique, Niamey, septiembre de 1973.

Oleadas sucesivas de tuaregs y árabes, peules y wodaabes, songhais, djermas y haussas descienden hacia el Sahel meridional, y una parte de ellos llega hasta el Alto Volta, Dahomey e incluso la Costa de Marfil. También hay un movimiento importante en dirección de Nigeria.

Estas migraciones no son un movimiento uniforme y constante. Ocurre todo lo contrario. Por ejemplo, todo parece indicar que el éxodo de los wodaabes y de los peules se ha producido a un ritmo muy distinto del de los tuaregs.

En la zona de los dallols —desde la orilla del Níger que da frente al Dahomey hasta los confines del Malí— se señala que los peules, atentos observadores de los síntomas precursores del hambre, han empezado a bajar hacia el sur, con sus hatos y rebaños, mucho antes que los tuaregs. Espontáneamente han reducido la importancia de su ganado vendiendo animales a bajo precio, pero gracias a esta medida han podido limitar las consecuencias.

Los peules bororos (de las regiones de Taha y Dakoro) habían empezado a resolver desde hace ya cuatro años, mediante una emigración original, el problema de cómo procurarse el dinero necesario dejando que se fueran grupos numerosos de mujeres hacia Ghana y la Costa de Marfil, para vender recetas mágicas.

Por primera vez en 1972, y ya en 1973 de un modo más acusado, estas mujeres iban acompañadas por hombres jóvenes. En 1974, se fueron juntos el marido y la mujer, después de dejar a los hijos al cuidado de los viejos... Muchas familias peules han conseguido salvar algunas cabezas de ganado, lo cual les permite sobrevivir (una familia peul de cuatro personas puede subsistir durante todo un año con una sola vaca) y conservar junto a estos animales el marco familiar de su existencia, su *habitat* y, en cierta medida, sus costumbres alimentarias. (Yveline Poncet, *op. cit.*)

Son muchos los grupos o fracciones que se han disuelto por querer ampliar y diversificar las posibilidades de supervivencia en varias direcciones: los tuaregs hacia el Níger y Argelia, y otros hacia un horizonte mucho más desconocido todavía.

En cuanto se toma la decisión de ir más allá de los itinerarios habituales de nomadización, se da un paso decisivo. Pero no necesariamente en dirección de Niamey.

Ni unos ni otros sabían a ciencia cierta hacia dónde debían dirigir sus pasos. Si escogieron un itinerario en vez de otro «fue porque había pas-

tos». Una familia se puso en marcha sin saber si volvería o no: «Todos nos afanábamos por lograr que comieran los nuestros... No pensábamos en Niamey sino únicamente en buscar pastos y agua.» «Durante el éxodo se buscaban los pastos al azar.» «Al marcharnos fuimos en busca de pastos. Cuando los animales murieron a consecuencia de la sequía, seguimos nuestro camino en busca de comida.»

Sin embargo, algunos se dirigieron decididamente desde el primer momento hacia la capital de Níger «porque es una ciudad y porque nos dijeron que en ella se puede comer». Pero se trata solamente de una familia de cada cuatro. Las tres cuartas partes restantes iban a la aventura, sin saber si acabarían en Niamey o en otro sitio.

La incertidumbre en cuanto al punto de destino explica el itinerario a veces complicado. Durante el éxodo surgen muchas vacilaciones: por ejemplo, algunos de los miembros de un grupo procedente de Kidal decidieron volverse atrás, con cuatro camellos, cinco vacas, siete cabras, tres burros y tres corderos.

Mientras los animales resistían, los pastores surcaban el espacio en busca de campos que no estuvieran totalmente agostados o de zonas de arbustos sin devastar todavía.

Muertos los animales, algunos fugitivos seguían a pie. Otros recurrían a cualquier medio de transporte a su alcance, incluido el barco. «A partir de Mangané, hemos venido en diversos vehículos hasta Niamey; lo hemos vendido todo —tiendas, esterillas, pendientes de plata, pulseras— para poder pagar el transporte.»

Como no sabían muy bien a dónde iban ni por qué camino, no es de extrañar que la duración del éxodo variara considerablemente según los grupos. Pero es cierto que la mayoría recorrieron más de 500 kilómetros.

A los nómadas que van hacia el sur no les queda ya gran cosa que ofrecer a los sedentarios, a los cuales disputan un agua a menudo escasa y unos pastos escuálidos. Al principio, podían vender animales pero los propios rebaños de los sedentarios sufrían las consecuencias de la crisis y sus recursos habían menguado. Más tarde se recurrió al trueque o a la venta a vil precio de tiendas, alhajas y diversos objetos que llevaban consigo los tuaregs y los moros.

Por último, los emigrantes —más débiles cada día— no tienen ya nada que ofrecer como no sea la fuerza de sus brazos e intentan hacerse aceptar por las poblaciones locales a cambio de pequeños trabajos, como acarrear agua, pilar el mijo o recoger y vender leña.

Sin embargo, en las etapas del éxodo se observa cierta diversidad de relaciones entre los ganaderos y los sedentarios. Los contactos de los nómadas con las gentes que encontraban en su camino eran en ocasiones difíciles. «A veces teníamos que

esperar a que se hiciera de noche para poder ir a buscar agua a escondidas.» «En todos los sitios por los que hemos pasado, los aldeanos nos ofrecían de comer y de beber pero, cuando llevábamos animales, se negaban a dejarles beber y nos pedían que les pagáramos el agua.»

De todos modos, estas actitudes no reflejan en modo alguno lo que vivieron la mayoría de los nómadas durante el éxodo. «Nos daban de beber. En cuanto a la comida, llegaba un momento en que se juntaba tanta gente que los aldeanos no podían ofrecer ningún alimento.» «Cuando había muertos y faltaba el dinero, nos regalaban trozos de tela para amortajarlos.»

En general, se estima satisfactoria la acogida de los sedentarios, y es éste un aspecto que conviene destacar. Entre cuantos contestaron a esta pregunta, dos familias de cada tres consideran que fueron bien recibidas.

Lo que quedaba del ganado nómada cuando las gentes se decidieron a emigrar fue cedido a un precio irrisorio casi en su totalidad, o bien exterminado por el hambre y la sed a lo largo de las pistas que llevan hacia el Sahel meridional.

A los tuaregs, los moros o los peules que conservaron algunos animales, les resultó muy penoso comprobar que ese capital pecuario, que era para ellos todo su orgullo y a cuyo crecimiento dedicaban toda su vida, no valía ya gran cosa. En efecto, los pastores se adentraban en unas tierras cuyas cosechas habían sido mediocres y la oferta de ganado era cada vez más abundante, frente a unas disponibilidades de mijo cada vez más reducidas.

Primero, el pastor vendía los animales más viejos, luego las vacas estériles, después los toros y, por último, las vaquillas preñadas «a cambio de unos pocos kilos de grano del campesino».

Sin embargo, no es esta cesión de animales a cambio de un puñado de grano —o incluso a cambio del derecho a hacer abrevar el resto del hato— la causa principal de que éste desaparezca...

Es cierto que un jefe de tienda de Agadés dice lo siguiente: «Por el camino perdimos un camello y un burro y vendimos dos camellos y tres burros.» Sin embargo, en la mayoría de los casos ha sido la muerte la que ha aniquilado lo esencial de los rebaños. Se puede tener una idea de las pérdidas de ganado reconstituyendo la historia del ganado de los nómadas que encontraron refugio en el Lazareto. Una serie de familias que, en el momento del éxodo, representaban algo menos de 700 personas perdió durante su éxodo hacia el sur unas 3.500 reses: 330 camellos, 690 vacas, 1.300 corderos, 900 cabras...

Fácil es imaginar cómo soportaron unas gentes cuya razón de ser es la ganadería la lenta agonía de sus hatos antes y después del éxodo. No lo es, en cambio, hacerse una idea de la

miseria que representó la larga marcha hacia los centros situados más al sur.

El hambre empezó muy pronto. Fue preciso recurrir en parte a los granos y bayas silvestres. Se mataron algunas reses. Se enviaba a los niños a pedir limosna a los sedentarios.

«Cuando nos acercábamos a una aldea y oíamos el ruido de la maja en el mortero, enviábamos a los niños a pedir el salvado sobrante. Se lo comían allí mismo pero lo digerían mal. Si les quedaba algo nos lo traían.»

Habla ahora una familia de Burem: «Después de perder los animales, caminamos a pie durante dos meses. En Wataguna, cerca de Asongo, murieron un niño de siete años, Issa, y una niña de la misma edad, Raisetu, así como otro chico de doce años.» ¿De qué murieron? Los supervivientes contestan: de hambre.

Los animales no eran, pues, los únicos en caer uno tras otro. El itinerario hacia el sur está hoy jalonado de tumbas, las de los tuaregs y los moros que no tuvieron fuerzas para llegar hasta los centros de socorro, ya sea porque murieron simplemente de hambre o de fatiga, ya porque les remató una enfermedad, dado su estado de decrepitud física.

Durante su éxodo, un grupo de emigrantes de la fracción Kelahara, de Menaka, enterraron a la tercera parte de sus miembros. Una familia de Gao explica: «Eramos dieciocho; seis murieron en el camino... eran niños que estaban acostumbrados a beber leche. Pero para comer sólo tenían salvado de mijo; empezaron a tener dolores de vientre y murieron.»

Hama, originario de Tombuctú, de 41 años de edad y cabeza de una familia integrada en la actualidad por seis personas (una mujer de 25 años y cuatro niños de seis a diez) dice: «Nos pusimos en camino huyendo de la zona siniestrada en marzo de 1973; dos meses más tarde, nuestro pequeño grupo estaba agotado: murieron dos niños —Momar y Mohamed— y después cinco niñas: Mariama, Asmao, Aminatu, Aicha y la segunda Mariama.»

Otro cabeza de familia cuenta: «Los camellos no podían ya llevarnos. Ibamos a pie. Nuestro viejo padre se arrastraba y nos retrasaba. Entonces se sentó en la arena y nos dijo que se reuniría con nosotros más tarde. Pero por la noche mi hermano pequeño no pudo soportarlo más y fue a buscar al viejo. Nunca le volvimos a ver. Debió de perderse también él.»

Hubo desde luego familias que se libraron de tales tribulaciones, pero, independientemente del lugar de que procedían, todos los grupos padecieron grandes pérdidas humanas. De esta encuesta podemos deducir que los nómadas refugiados en el Lazareto han perdido por lo menos la sexta parte de sus miembros.

¿Cuántas personas murieron en

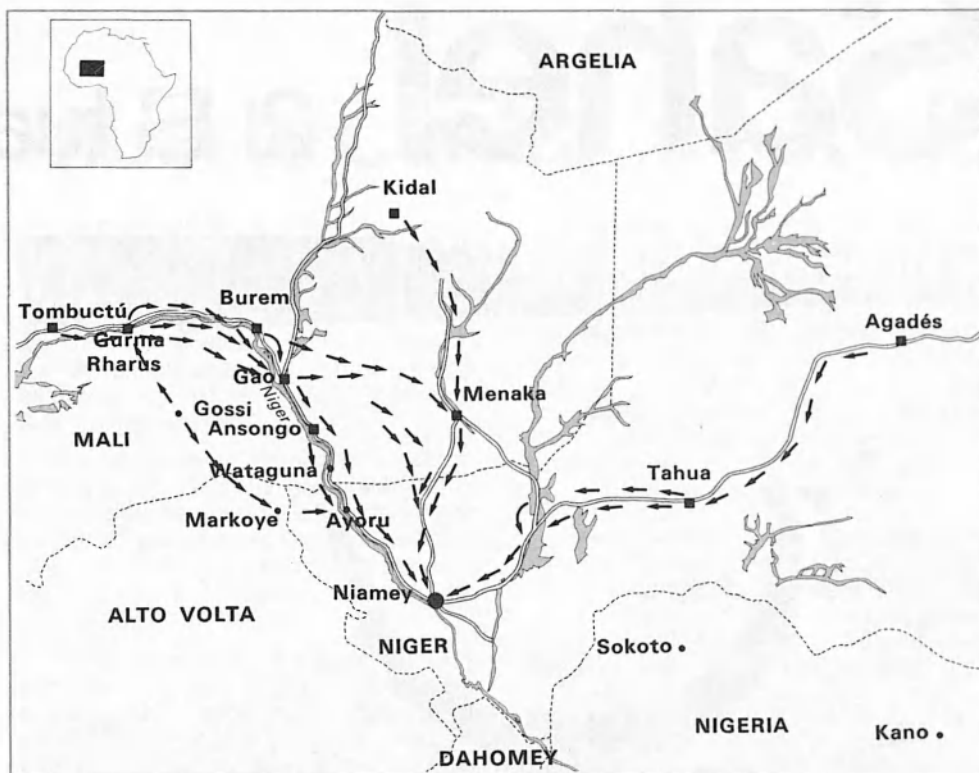
total? Nunca llegará a saberse a ciencia cierta. Hay, en efecto, grupos y familias que no llegaron nunca a ningún sitio.

A menudo, los nómadas del Lazareto no saben qué parte de su «fracción» se quedó en la aldea.

Ocurre con frecuencia que los que no se movieron son más numerosos que los que se fueron. También es frecuente que se quedaran desprovistos de todo y que no quepa albergar muchas ilusiones sobre si han podido encontrar agua y alimentos en cantidad suficiente.

Un grupo de tuaregs de Gao resume como sigue la situación de muchas personas: «No tenemos medio alguno de reunirnos con los que se quedaron allí, y ellos tampoco tienen la menor posibilidad de venir hasta nosotros ni de seguir viviendo allá.» En la zona de donde partieron no queda ni un solo animal.

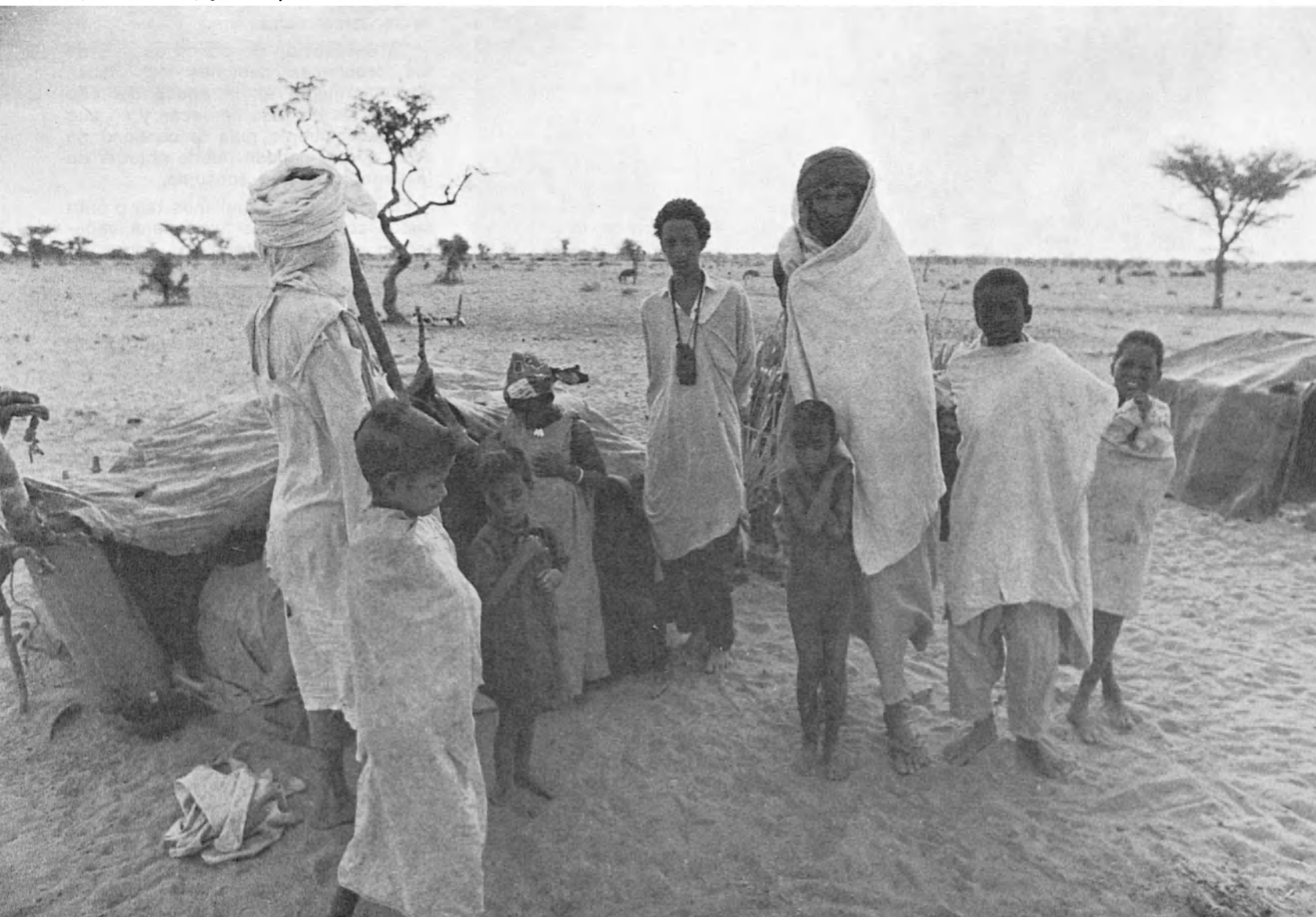
Y esas personas abandonadas turban constantemente el sueño y la conciencia colectiva de los refugiados. ■



Mapa El Correo de la Unesco, según Jacques Bugnicourt, Dakar

LA GRAN MARCHA DE LA MISERIA. Desde una región que se extiende entre Tombuctú (Mali) y Agadés (Níger) las poblaciones sahelianas, diezgadas por la sed y el agotamiento, han confluído hacia Niamey, huyendo de la sequía. Las líneas de flechas que aparecen en el mapa indican las principales rutas del éxodo de los nómadas del Sahel, que generalmente se ha efectuado siguiendo las riberas del río o el lecho seco de otros. El rectángulo negro representa la zona donde se produjo esa migración. Abajo, un grupo de los sobrevivientes que, tras haber recorrido centenares de kilómetros, lograron llegar al campamento de refugiados del Lazareto, cerca de Niamey, capital de Níger.

Foto David Burnett © Gamma, París



Sahel

2. El tuareg y su reba



La irregularidad y el riesgo son la esencia misma de la realidad saheliana. La región se presenta formada por espacios inmensos que tan pronto son desiertos hostiles de los que huyen los hombres como, por el contrario, verdes praderas a las que los pastores llevan sus animales...

La cantidad de lluvia es el criterio más inmediatamente identificable pero también es decisivo el escalonamiento en el tiempo de esas lluvias.

Otros factores son el suelo, que retiene más o menos agua, la fertilidad variable y los peligros más o menos graves de erosión, el subsuelo, que contiene —o no contiene— reservas de agua accesibles para los pastores, ya sea directa o indirectamente, a condición de excavar pozos profundos y, por último, la capa vegetal, que constituye la base de la existencia de los animales y de los hombres.

El hecho de que haya hierba no quiere decir que ésta sea aprovechable... Los pastos solamente tienen interés si existe agua cerca de ellos y esa agua está al alcance de sus utilizadores. Por ejemplo, para abrear en la estación seca a un hato de cien cabezas, los pastores tienen que subir tres mil quinientos litros diarios de agua desde una profundidad de treinta a cincuenta metros.

La excavación de pozos es uno de los problemas capitales del Sahel, particularmente en la época del año en que las charcas se secan y en que es prácticamente nula la cantidad de agua que el ganado puede obtener de la vegetación que consume.

Esos espacios sahelianos tan pronto secos como verdes tienen una vegetación cuyas características varían no solamente de un año a otro sino también durante el mismo año.

Las corrientes de agua y las charcas crean un medio ecológico favorable. En su lecho seco y en sus orillas se encuentran especies forrajeras y árboles de escasa altura o arbustos cuyas hojas pueden suministrar alimento a los animales.

Sin embargo, tales condiciones sólo se dan excepcionalmente en el norte del Sahel. La mayor parte de la estepa está formada por pastos de gramíneas

Una res de ganado vacuno necesita como mínimo treinta litros de agua al día, sin los cuales está condenada a morir lentamente. A la izquierda, una vaca reducida casi a piel y huesos. A la derecha, en cambio, unas robustas reses en el abrevadero. Pero los pozos se están secando. Así, hace treinta años, había zonas del Sahel donde bastaba excavar 12 metros para alcanzar la capa de agua subterránea; hoy, en cambio, hay que llegar frecuentemente hasta los 36 metros.

Foto Philippe Ledru © Gamma, Paris

ño en lucha a muerte contra la sequía

de bastante altura y resistentes a la sequía.

El Sahel meridional empieza allí donde la alfombra de hierba es periódicamente continua, los árboles y arbustos se diseminan en el paisaje y es más neto el contraste entre las estaciones.

Hay también unas zonas-refugio, situadas en la proximidad inmediata de las capas acuáticas subterráneas y de los ríos, por ejemplo, el delta central del Níger y las corrientes de agua, a menudo esporádicas, que convergen hacia él.

Hay que tener siempre presente la extrema variabilidad en el espacio y en el tiempo de la alfombra herbácea. En un año normal la vegetación saheliana se caracteriza por una productividad intensa y efímera.

¿Qué animales pueden aprovecharla?

El camello toma lo que encuentra, incluidos los espinos, pero prefiere las hojas de los arbustos. Como es bien sabido, la cabra es todavía mucho más voraz y engulle incluso plantas que serían tóxicas para otros animales. Por lo demás, en el Sahel la cabra desempeña un papel ambiguo. Su voracidad es desde luego una verdadera plaga para la vegetación empobrecida, pero, en cambio, es el único animal que permite aprovechar

zonas inaccesibles a todos los demás, por ejemplo, las fajas rocosas.

Aunque son animales más difíciles, los bovinos encuentran su alimentación en los diversos tipos de pastos del Sahel. En cuanto al ganado ovino, consume en especial las gramíneas que desechan las vacas.

Mientras que el nomadismo que se practica en el norte no está sujeto a periodos regulares, la trashumancia es en el sur una técnica de pastoreo que tiene un ciclo anual, permitiendo así utilizar al máximo los recursos vegetales.

Tradicionalmente, durante la estación húmeda los pastores permanecen cerca de las charcas. Cuando éstas se secan, llevan a sus hatos y rebaños allí donde se puede obtener agua perforando pozos de hasta diez metros de profundidad, como máximo. En plena estación seca, se acercan al río o las balsas y charcas perpetuas.

Es indudable que, de un año a otro y de un mes a otro, el número de reses que pueden alimentar los distintos tipos de pastos africanos no es el mismo. La cantidad de hierba disponible por hectárea, en una misma zona, va de 600 kilos a 5,2 toneladas, y ocurre incluso que el ganado rechace hasta la tercera parte de la hierba de que puede disponer.

Con una pluviometría de 300 milímetros y tratándose exclusivamente de bovinos, el número de hectáreas necesario para mantener una res oscila entre 6 y 30. Dentro de estos límites ecológicos, la decisión de aumentar o de mantener al mismo nivel el rebaño depende de los hombres, cuyo comportamiento y cuya civilización están fuertemente influidos por el medio en el que viven.

Recíprocamente, los hombres transforman ligeramente ese medio natural excavando pozos, trazando pistas, llevando a sus animales de unos pastos a otros y modificando así la capa herbácea y leñosa del ecosistema.

La lógica del nomadismo y, más al sur, de la trashumancia se ajusta a las características del Sahel. Los animales van tras la vegetación, los tuaregs o los moros tras los animales, y los cautivos sirven a sus amos y dan de beber a los animales. Todo esto está sometido, sin embargo, a ciertas normas.

Aunque abundan desde luego las guerras, los conflictos y las pendenencias, los tuaregs están de todos modos de acuerdo en distribuir y aprovechar racionalmente los itinerarios y los ojos o puntos de agua. Pero hay también, entre muchos grupos nómadas y los sedentarios, unas relaciones

Los vínculos de la amistad

Existe entre los wodaabes —grupo perteneciente a la etnia de los peules bororos— una práctica tradicional de ayuda: se trata del *haBBanaae* (según la grafía de la lengua «pular» de los peules), que es una especie de contrato entre un propietario de ganado bovino (el *kaBBanDo*, o sea «el que vincula») y una persona, generalmente un joven

soltero o un pobre, que quiere formar su propio hato (llamada *kaBBanaaDo*, es decir «el vinculado»). El primero da en préstamo al último una o más vacas que van a constituir un nuevo hato o a engrosar otro ya existente, aunque pequeño. El *kaBBanaaDo* se ocupa de las reses y se queda con la leche y la manteca que producen así como con sus tres primeras crías. Tras el tercer parto ha de restituir la vaca al *kaBBanDo*, con lo cual se pone término al contrato. El *haBBanaae* es, pues, un pacto de amistad entre dos personas. Es la forma de ayuda que la sociedad ha estatuido en favor de los desposeídos. Las reses a través de las cuales se establece el vínculo y que constituyen el comienzo y la esperanza de un nuevo hato, son el símbolo de la amistad que une a un pobre con el rico que quiere prestarle ayuda. Dice un proverbio que el animal vincular no será puesto al final de la vacada. Al contrario, él es el primero al que se conduce al abrevadero, el que no puede ser golpeado sino acariciado y al que el pastor acompaña personalmente hasta el corral cuando cae la noche. Este afecto por el animal vincular tiene un valor de ejemplo. Por ello se dice que alguien quiere a una persona como al animal que le fue «vinculado». Y es lo que dirá, por ejemplo, un joven a una muchacha para expresar sus sentimientos de cariño.

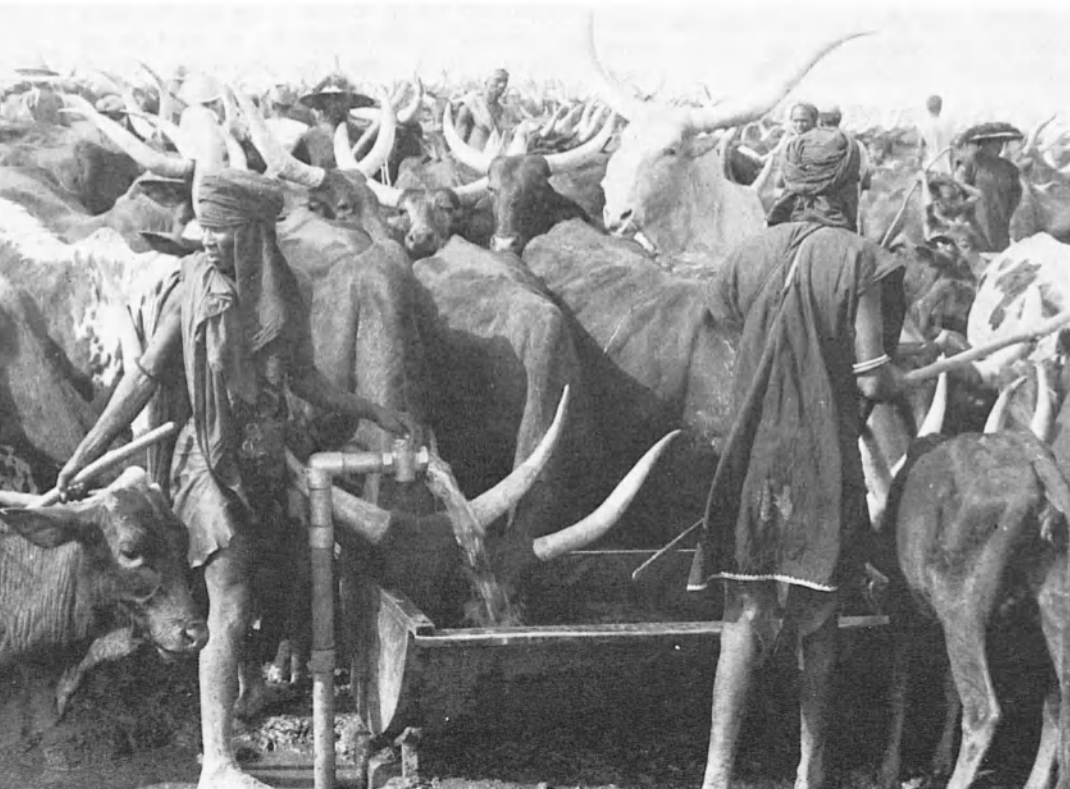


Foto FAO, Roma

► más o menos codificadas por la costumbre. Sólo en las zonas de humedad perpetua o, más al sur, allí donde las lluvias son mucho más seguras y abundantes todavía, se llevan a cabo actividades agrícolas y se cultiva el mijo, que será objeto de trueque con los productos de la ganadería. En tales condiciones, nada ocurre en el medio saheliano que lo desorganice gravemente.

No obstante, sería peligroso considerar de un modo relativamente idílico la fase de la historia saheliana anterior a la conquista colonial o la inmediatamente posterior a ella. El «equilibrio» del que hablan algunos sólo se lograba a costa de epizootias que asolaban el ganado y de unos periodos de hambre más o menos graves.

Por ejemplo, en el Sahel nigerino persiste el recuerdo, antes de la llegada de los colonizadores, del «Ize nere» (la venta de niños), cuando se entregaban «bocas inútiles» a cambio de un poco de comida, del «Gaasi borgo», cuando solamente había calabazas que majar, y del «Yollo Moru» («Acaríciate las trenzas»), es decir, cuando esto era lo único que se podía hacer (1). La llegada de los franceses no terminó con el hambre; en 1913 surgió la «Gran beri» («el gran pecho») que azotó duramente a todo el Sahel, del Atlántico al Mar Rojo.

Y más tarde, en 1931-1932, fue el «Doo izo jire», o sea, el año de las larvas de langosta. En 1937 hubo un momento difícil y, por último, en 1942 sobrevino el «Wande-waasu» («Aparta a tu esposa»), ya que todo el mundo pensaba ante todo en su supervivencia individual.

A ese precio ha funcionado el sistema saheliano. La economía de la franja más septentrional y de la que se sitúa en el extremo sur de la región se complementan gracias a una relación de fuerzas que favorece a los ganaderos. Y cuando se pone en tela de juicio ese tipo de intercambio y de dependencia, no se advierte que es el funcionamiento mismo de la relación hombre-medio el que puede peligrar.

Durante los 50 años últimos, el paisaje saheliano no parece haber experimentado sino modificaciones localizadas; la vida económica, social y política, en cambio, ha evolucionado profundamente.

El hecho más espectacular fue la liquidación de la hegemonía de los tuaregs y de los moros, lo que determinó otros fenómenos, como el establecimiento de una política de modernización que precedió y luego acompañó a la monetarización. De esta manera estaban dadas todas las condiciones para que hubiera una competencia más vehemente por las diversas porciones del espacio saheliano.

El hecho de controlarlas amenazaba con convertirse en una cuestión de vida o muerte para los grupos humanos contendientes.

Vamos a intentar resumir sucintamente la situación de los confines del sur del Sáhara y del Sahel septentrional a principios de siglo.

En primer lugar, los pastores —ya fueran tuaregs, moros o peules— ejercían una presión constante sobre los sedentarios, habiendo frecuentemente entre ellos contactos pacíficos pero también muchos ataques por sorpresa, por iniciativa de aquéllos.

Las regiones sedentarias, habitadas por negros, suministraban a los ganaderos el mijo indispensable para su alimentación y, como mano de obra, siervos que pronto fueron asimilados culturalmente. Por otra parte, en la zona habitada por los nómadas, la relación entre la población y el medio se equilibra periódicamente con la aparición de enfermedades epizooticas imposibles de controlar, con las sequías y con las guerras entre los grupos nómadas que a veces determinan una redistribución del ganado y de los cautivos del sur del Sahel.

Sin embargo, no habría que esquemmatizar demasiado. La sociedad tuareg o la sociedad mora poseen un equilibrio específico dentro del cual algunos se especializan en la guerra, otros en el ascetismo, mientras que a los cautivos se les asignan tareas como cuidar y abreviar el ganado, ocuparse de algunos cultivos en los lugares mejor regados o del servicio doméstico en las tiendas.

La penetración colonial puso en tela de juicio la hegemonía tuareg en una gran parte de lo que es actualmente el Malí y el Níger. Hubo una fuerte resistencia inicial y más tarde, en 1916-1917, se produjo la sublevación de todo el país tuareg. La represión fue muy rigurosa y dio por resultado la eliminación de la mayoría de las familias que detentaban el poder y la disolución de las confederaciones. De ahí que la llegada de los colonizadores entrañara una inversión radical de las relaciones de fuerza entre pastores y sedentarios.

A partir de entonces, la evolución fue muy rápida. En el caso de las poblaciones negras del sur, la menor opresión ejercida por los nómadas facilitó el progreso de los cultivos y la constitución de zonas pioneras que invadían cada vez más los itinerarios tradicionales de los ganaderos, lo cual tuvo a la larga graves consecuencias.

Por lo demás, el poder colonial se apoyaba en las zonas pobladas por los agricultores, a los que protegía y entre los que reclutaba auxiliares e intermediarios. Las aldeas de agricultores fueron las que recibieron los servicios administrativos establecidos por los colonizadores, y sedentarios fueron los titulares de cargos administrativos, mientras que los tuaregs, los moros y, en gran medida, los peules

se interesaban escasamente por las escuelas que habían instalado los franceses o los ingleses, considerando que se trataba de una institución que apartaba a los jóvenes del Islam y que servía los intereses de los conquistadores extranjeros.

A la vez que se modificaban las relaciones entre agricultores y ganaderos, se operaban profundas mutaciones en el seno de la sociedad nómada. Tendían a aflojarse los vínculos entre fracciones y entre familias, que habían quedado ya debilitados por las medidas administrativas. No existía, como antes, el imperativo de agruparse para atacar o para defenderse.

Desapareció el antiguo prestigio de las tribus y de las familias nobles. Cada agrupación siguió su propia evolución y, en toda la sociedad, se relajaron las relaciones de los cautivos con sus amos.

Tradicionalmente, los servidores podían ser «de duna», —esto es, individuos que se ocupaban del ganado que les encomendaban y que poco a poco conseguían constituir su propio hato o rebaño— o «de tienda», es decir que realizaban para la familia del amo tareas domésticas o de custodia o, en el caso de las mujeres, tenían la obligación de ir por agua o a recoger granos silvestres, etc.

Ahora bien, la autoridad colonial abolió la esclavitud, y los servidores empezaron a enterarse poco a poco de sus derechos. Algunos de ellos dudaron durante mucho tiempo en apartarse de sus amos y en arriesgarse a vivir por su propia cuenta, sin grandes posibilidades de subsistencia. Día tras día, los ex cautivos abandonaban los campamentos para instalarse generalmente más al sur.

La sociedad tuareg, desangrada ya en su cúspide, padeció con ello una lenta hemorragia en su base. La mano de obra huía de la economía pastoral tradicional, y los «verdaderos» tuaregs acabaron encontrándose con rebaños cada vez menos conducidos y vigilados por pastores. Y, sin embargo, el ganado de la mayoría de las familias tuaregs no disminuía. En el caso de un grupo de tres parejas que vivían más o menos en simbiosis, el número total de reses iba de 11 a 20 camellos y de 50 a 100 bovinos. Pero esto no debe hacernos olvidar la desigual distribución del ganado entre los pastores.

No hay prácticamente ningún grupo ganadero sin animales. Los individuos que no tenían nada quedaban a menudo incorporados a las parejas que poseían un hato. Ahora bien, casi la tercera parte de los grupos nómadas no poseían más de 10 camellos o 50 vacas, al paso que la décima parte del total contaba con una cifra de 41 a 93 camellos o de 200 a 600 bovinos.

Así pues, a la vez que perdían su poder, los tuaregs conservaban o reconstituían unos rebaños de cierta importancia. En cierto modo, se aprovechaban de la «política de desarrollo» del Sahel. ■

(1) André Salifou, *Crise alimentaire au Niger : les leçons du passé*. IDEP-UNEP-SIDA, Niamey, 1974.



Foto Christine Spengler © Sipahioglu, Paris

VIENTO DE ARENA. Un campamento tuáreg en una zona semidesértica en los confines del Sáhara. Al soplar, el viento levanta torbellinos de arena, pero las tiendas resisten su empuje. A derecha e izquierda de la foto se ven morteros para pilar el mijo. En el primer plano, una especie de arbusto espinoso que los camellos devoran con gusto.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS. En un oasis de Mauritania, un pastor conduce su rebaño hacia el pozo. El ir y venir del agua al pasto, del pasto al agua, constituye el ritmo mismo de la vida en estas comunidades pastoriles.

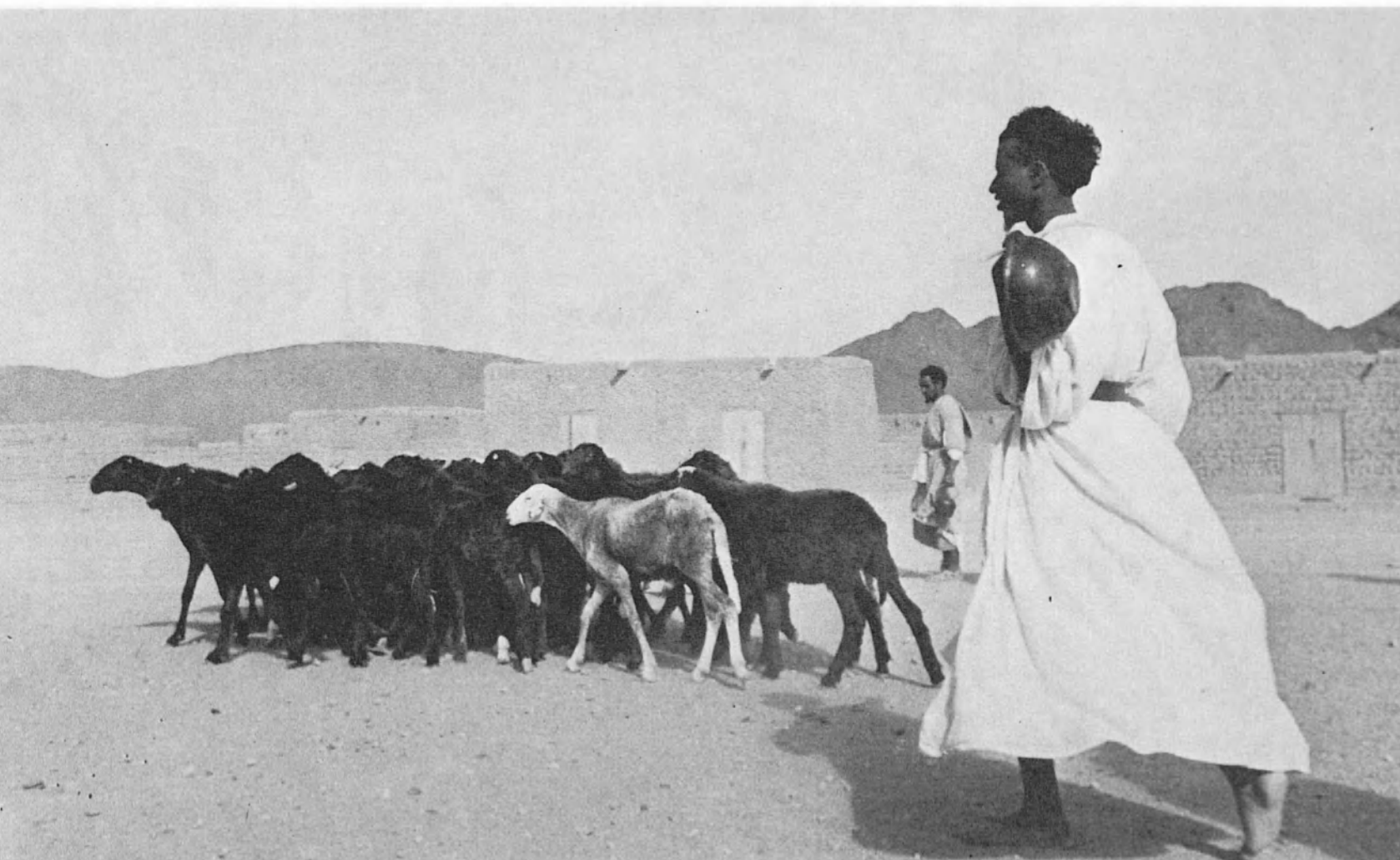


Foto Henri de Chatillon © Rapho, Paris



CARAVANAS DE LA SAL

Desde Mauritania hasta Etiopía, gran parte del tráfico de las caravanas se dedica al transporte de la sal. La sal gema proviene de yacimientos naturales situados en el Sáhara, en el Sahel, en Etiopía, etc. En la foto de abajo a la izquierda, un grupo de etiopes arrancan la costra salina del lago Assalé, en la depresión de Danakil. Las caravanas (a la izquierda) transportan a través del Sahel y el desierto la sal cortada en placas o bloques, para venderla en los oasis y en los mercados (abajo) o, a menudo, cambiarla por mijo. Los largos recorridos que han de efectuar las caravanas hacen que el precio de la sal se multiplique a veces por más de veinte entre el punto de partida y el de llegada.



Fotos Georg Gerster © Rapho, Paris



Sahel

3. Los nómadas, una



población al margen de la economía moderna

LA política colonial se caracterizó por sus contradicciones en el plano de la ideología y en el de la acción. Se cultivaba el mito de la nobleza del pastor —tuareg o peul— y se exaltaba al mismo tiempo al campesinado negro. Se tomaban medidas en favor de los pastores (excavación de pozos, creación de algunas escuelas nómadas) y, al mismo tiempo, se reducían sus zonas-refugio, al fomentar el asentamiento de los «busus» (sirvientes o cautivos liberados) o al poblar sistemáticamente el delta interior del Níger.

De hecho, un estudio minucioso pondría seguramente de manifiesto que en general predominaba la «perspectiva antigánadera». La situación pasó a ser mucho más clara después de la independencia.

En primer lugar, se tiende a considerar a los nómadas como personas sospechosas que se adaptan mal a las nuevas instituciones (como, por lo demás, a las anteriores).

En segundo lugar, se propende a considerar los problemas de los nómadas con una óptica de sedentarios.

Fundamentalmente, la política es definida y aplicada por personas que viven en tierras en las que todos los años, más o menos, llueve.

La política pastoral anterior fue seguida después en sus aspectos esenciales por los distintos gobiernos y aplicada a los diversos países sahelianos según principios muy semejantes. A lo largo de los itinerarios de nomadización y de las vías de comercialización, se excavaron pozos y se instalaron estaciones de bombeo, que venían a sustituir en esta tarea a la mano de obra cautiva. En ciertas zonas, se estableció incluso una organización jurídica de la ganadería, con zonas de defensa y cortafuegos, aunque en general no llegó a ser respetada.

De modo análogo, prácticamente en todas partes se prohibió quemar la hierba. Pero tampoco esta prohibición tuvo mucho efecto.

En cuanto a los ojos de agua propiamente dichos, ofrecen la ventaja de proporcionar agua abundante y sin esfuerzo en ciertos casos y de poner nuevos pastos al alcance del ganado. Ahora bien, éste ha tendido cada vez más a concentrarse en torno a los ojos de agua, asolando los alrededores.

El pastoreo excesivo y el pisoteo del terreno suprimen la vegetación y facilitan la erosión. Todo ello engendra un desierto en torno, lo que obliga a ir a buscar cada vez más lejos los alimentos cotidianos y a aumentar constantemente la distancia entre el

pasto y el abrevadero. Por consiguiente, el ganado no tiene más alternativa que morir de sed en medio de un estúpido pastizal o de hambre junto a un pozo.

La excavación de pozos y la conservación de los pastos han surtido efectos a la vez positivos y negativos; en cambio, la profilaxia veterinaria ha tenido en esta zona un éxito innegable. La peste bovina y la perineumonía han retrocedido espectacularmente.

Pero se observa que la consecuencia de la campaña interestatal contra la peste bovina es un aumento muy considerable del número de cabezas de ganado, seguido de su explotación racional, lo cual ha dado origen a una serie de problemas sociales y alimentarios propios del pastoreo excesivo.

No tarda en verse claramente que el éxito mismo de ciertos aspectos de la política de modernización del Sahel va a provocar un desastre.

Y el peligro de fracaso resulta tanto mayor cuanto que no se ha reflexionado lo suficiente sobre la necesidad de dispensar una formación que sea complementaria de las transformaciones en curso. En general, el aumento de la escolarización ha afectado muy poco al norte del Sahel y, allí donde se han logrado algunos resultados, éstos han consistido principalmente en la emigración de las «élites» que, tras haber triunfado, no han vuelto casi nunca a su lugar de origen.

Por lo demás, al igual que en otros países, la escuela ha propuesto la alternativa de un medio de vida imaginario, inspirado por los países desarrollados, y ha preparado a los jóvenes más bien para una existencia de burócratas urbanos que para domeñar el medio que les rodea.

Se trata indudablemente de un aspecto esencial para entender lo que ha ocurrido en el Sahel. La progresión de la monetarización, la construcción de nuevos pozos, el mejoramiento de las técnicas de medicina veterinaria se han llevado a cabo con una óptica «de desarrollo», orientada a integrar la población saheliana en el circuito de la economía dominante pero sin que se apreciaran en su justo valor los peligros que traía realmente consigo el «progreso».

Tampoco se han planteado, ni antes ni después de la independencia, preguntas como las siguientes: ¿a qué manos van a parar las ganancias obtenidas con la comercialización de la producción saheliana y con la distribución de algunos productos que consumen los nómadas y los campesinos de esa zona? ¿Qué parte de esos



El mijo bienhechor

La economía rural del Sahel se basa en gran parte en la producción de mijo. Cultivado por las poblaciones sedentarias, es vendido o trocado por la carne y la leche de que disponen los ganaderos nómadas (véase también la página 22). Arriba, un campesino prepara los hoyos en que van a echarse las semillas. En la página de la izquierda, unas espigas del mijo que se cosecha en Níger de la manera que aparece en la foto superior. Los tallos largos de este cereal protegen el suelo contra la erosión causada por los vientos y preservan su fertilidad.

▷ beneficios vuelve a invertirse en la zona mencionada y qué parte es enviada al extranjero, particularmente a Europa, o queda en manos de elementos de la población urbana?

¿Cómo debe, por ejemplo, apreciarse la política de los ranchos, que tiende a cobrar envergadura? Resulta tanto más fácil evitar preguntas como estas cuanto que la tarea de «modernizar» el Sahel se halla atomizada en múltiples instancias.

Rara vez se ha considerado el medio ambiente en su totalidad. No se toma en cuenta a la población sino como un dato más entre los otros. El éxito técnico que representa el rápido aumento de la ganadería saheliana oculta serias razones de inquietud. El aislamiento, la compartimentación y la ignorancia de la complejidad y de la interdependencia de los factores socioeconómicos y físicos del medio nómada han caracterizado durante mucho tiempo las medidas relativas a la ganadería saheliana del bucle del Níger.

De ahí que los esfuerzos realizados en esa esfera, ya sea por parte de la administración colonial o de las autoridades nacionales después de la independencia, llevaran en sí mismos los gérmenes del fracaso y la decepción.

En los planes de desarrollo, el objetivo consiste a menudo en un aumento numérico del ganado, sin que se tenga suficientemente en cuenta la organización permanente del espacio pastoral, el control por los propios pastores del volumen de ganado y la utilización correcta de los ojos de agua.

La lógica de las decisiones se rige en general por los cálculos de rentabilidad, con arreglo a unos criterios elaborados en los países industriales para atender unas necesidades muy diferentes.

Esta orientación implícita de la política saheliana, esos fallos y esos peligros, de los que a menudo no se percataban los técnicos, los comprendían perfectamente los nómadas, así como un gran número de campesinos.

Por ejemplo, en Menaka, la perforación de unos cuantos pozos «modernos» suscitó una reacción paradójica entre los pastores nómadas de la región, los cuales no modificaron su

El régimen alimenticio de las poblaciones sedentarias y nómadas del Sahel, compuesto esencialmente de mijo, entraña carencias nutritivas graves y, a veces, mortales. Las proteínas de la carne y la leche son indispensables, pero estos productos sólo pueden suministrarlos los ganaderos nómadas. En la foto, un silo típico de las aldeas de los djermas, agricultores sedentarios de los alrededores de Niamey, capital de Níger. Está formado con tallos de mijo entrelazados y sostenido sobre pilotes de madera a cierta distancia del suelo para conservar el grano al abrigo de los roedores y de los insectos. Pese a ello las pérdidas son del 5 al 10%, según los expertos de la FAO.

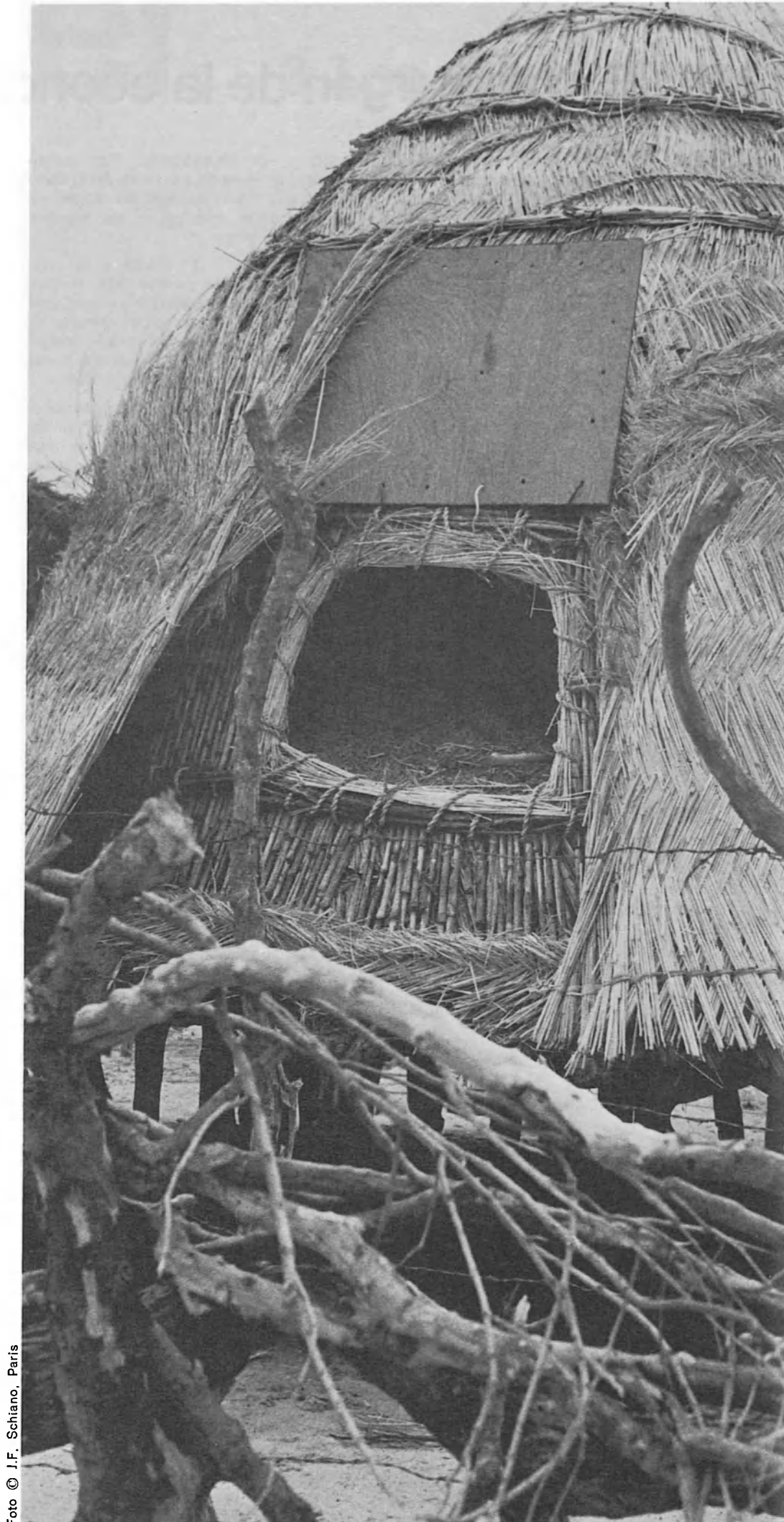


Foto © J.F. Schiano, París

«calendario pastoral» y se abstuvieron incluso de apacentar sus animales en la zona abastecida por esos nuevos ojos de agua.

En cierto sentido, los pastores obtienen algunas ventajas de la acción del Estado, por ejemplo en materia de salud, particularmente gracias a la vacunación: el resultado ha sido una regresión clara del sarampión y de la viruela. Por otra parte, advierten en tal acción elementos que interfieren en el modo de organizar sus rebaños y que tienden a obligarles a la comercialización.

Un hecho, que a veces pasa desapercibido pero que, sin embargo, ha resultado decisivo para la transformación de los confines sahelos-saharianos en los veinte años últimos, es el progreso de la ganadería especulativa, suscitada en particular por el rápido crecimiento de las grandes aglomeraciones del litoral.

Se está desarrollando una tendencia que reviste estos tres aspectos principales: aumento de la proporción de bovinos en el total de la ganadería, crecimiento más rápido de los rebaños, y comercialización mucho más amplia de los productos pecuarios.

El Sahel y, muy especialmente, el bucle del Níger se convierten pues en un punto de contacto entre un sistema ganadero «atrasado» y un sistema más directamente ensamblado en el circuito de la economía dominante.

La mayoría de los tuaregs se sitúan en el primero de ellos. Su apego a los valores tradicionales, un aumento de los rebaños que no significa necesariamente la extensión de la comercialización, y la preferencia asignada al trueque en los intercambios son sus características esenciales.

En cambio, en el sistema de ganadería comercial nos encontramos con los comerciantes diawambés, los ganaderos sedentarios songhais y ciertos busus sedentarizados, unos y otros ampliamente orientados hacia el mercado.

Esta persistencia, en particular entre los tuaregs, de una actitud que limita a muy poca cosa los contactos con la economía monetaria no quiere decir en modo alguno que en esa sociedad se haya producido una situación de estancamiento y de inmovilismo.

Antes por el contrario, abundan los síntomas de evolución. «En contacto con el campesino, su vecino e interlocutor del sur, el ganadero nómada del bucle del Níger aprende a consumir más y empieza a sentir nuevas necesidades... Las mujeres son las primeras víctimas de semejante confrontación de dos modos de vida que se diferencian por la propensión de uno de ellos a producir y a consumir cada vez más. Entre los tuaregs, las mujeres asumen ya las responsabilidades más importantes del matrimonio a pesar de que no trabajan. Administran el presupuesto familiar y se ocupan de los gastos cotidianos.

«Su afición a los adornos, las telas y los productos de trueque permite pensar que desempeñan un papel motor en la reconversión de las mentalidades en una comunidad pastoral (1).» Empezan ya a advertirse entre los tuaregs nuevos hábitos de consumo. La monetarización progresiva de las relaciones económicas constituye un elemento determinante.

Durante mucho tiempo, el trueque era la regla general en todo el Sahel. Históricamente, se llevaba a cabo a partir de unas bases poco favorables para los campesinos y estaba organizado de modo tal que pudieran obtener leche y carne, pero no constituir rebaños. Cuando se modificó la relación de fuerzas entre pastores y agricultores y cuando la muerte eliminó a la generación de quienes tenían esa relación muy presente en su espíritu, fue preciso que los nómadas aceptaran lo que durante mucho tiempo habían rechazado, esto es, el trueque de sacos de mijo o de maíz por terneros, y la posibilidad de que los agricultores constituyeran ellos mismos sus propios hatos.

Los tuaregs quedaron así privados de su cuasimonopolio ganadero y, en múltiples puntos de intercambio, son ya los sedentarios quienes imponen sus condiciones.

Se generaliza de este modo la utilización del dinero, lo cual permite romper con la antigua estructura del intercambio.

Por lo demás, todos los que viven en el Sahel padecen ciertos efectos de la economía de trueque y del sistema impositivo que grava la producción agrícola. La fracción del rebaño y de la cosecha que hay que comercializar para pagar los impuestos y comprar ciertos artículos (té, azúcar, tejidos, mantas, etc.) es cada vez mayor.

Para toda la población del Sahel, el valor del ganado y del mijo se ha depreciado con respecto a los impuestos y a los artículos manufacturados; en el caso de los nómadas, el valor del ganado padece una depreciación respecto del valor del mijo.

Así pues, los nómadas se ven explotados doblemente: por un lado, cuando pagan los impuestos y compran ciertos artículos del exterior y, por otro, cuando adquieren mijo.

Pero cuando las condiciones climáticas son normales, esta explotación no repercute prácticamente en el modo de vida específico de los nómadas. A ello se añade el hecho de que un relativo aumento de la ganadería, favorecido por la «modernización», compensa en parte la degradación de la relación de intercambio comercial.

Sin embargo, juntamente con el progreso de la monetarización se produce la inserción en la sociedad saheliana de elementos cuya función será la de

acelerar los intercambios y de obtener de manera más sistemática beneficios a partir de los recursos de los pastores.

En efecto, el aumento de la circulación monetaria y la perspectiva de establecer circuitos comerciales con regiones distantes sobre la base de un ganado que puede adquirirse a precios «razonables», iban a incitar a los tratantes de caballos a aventurarse hasta las proximidades de los refugios estacionales y de las zonas recorridas por los nómadas.

Al parecer no hace mucho más de diez años que se han establecido esas nuevas redes comerciales.

Por ejemplo, se advierte que «de 1962 a 1967, los tratantes de ganado originarios del delta interior del Níger avanzaron hacia Gurma, en el norte, donde se instalaron a lo largo del río». (Ba Sayon Fofana, *op. cit.*)

Se trata sobre todo de los diawambés, traficantes por tradición, y de los sarakolés. Todos ellos se adaptaron rápidamente a las condiciones particulares de la ganadería sedentaria en el valle del río.

Una de las consecuencias que tuvo la intrusión de los recién llegados fue una necesidad apremiante de mano de obra asalariada, especializada o no, en las zonas ganaderas del bucle del Níger. Y fueron cada vez más numerosos los pastores, del grupo étnico bobo y a veces del sarakolé, que percibían salarios en especie.

La aparición de nuevos tipos de relaciones entre una ganadería «atrasada» y una ganadería especulativa y la modificación de las relaciones de intercambio comercial van unidas a una competencia cada vez más acen tuada por el espacio saheliano: se trata del avance de los pioneros sedentarios.

Se produce primero una progresión en las zonas de agricultura de secano del campesinado negro, cuyo índice de crecimiento demográfico equivale a su multiplicación por dos en un plazo de treinta años. Esos campesinos necesitan más espacio, no solamente porque son más numerosos sino también porque el maní (cacahuete) y el algodón han venido a sumarse a los cultivos de subsistencia.

Pero no es seguro que esa ampliación de las superficies cultivadas no haya constituido en gran parte un despilfarro. «Aun antes de que la sequía adquiriera proporciones dramáticas se estaba produciendo una degradación del trabajo en los campos: técnicas abandonadas o descuidadas, una organización tradicional y colectiva de ayuda mutua agrícola que desaparecía, emigrantes con cuyo trabajo se contaba para la estación de los cultivos y que no siempre hacían acto de presencia. Todo parecía indicar que los campesinos no eran capaces de cultivar superficies demasiado vastas.» (Yveline Poncet, *op. cit.*)

La franja pionera no está solamente ocupada por los campesinos proce-

(1) Ba Sayon Fofana, *L'élevage bovin dans la boucle du Niger*, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Ruan, 1974.

▶ dentes del sur o por las aldeas ya existentes y que se van extendiendo. En el espacio intermedio restante, los busus instalan chozas o tiendas y proceden a un desbroce extensivo del terreno; van a mantenerse con unos pocos cereales, granos y bayas silvestres y, si tienen reses, productos pecuarios. En todo caso, el acceso a los barbechos y a los campos segados no es ya tan libre como antes para los nómadas y trashumantes.

Más grave todavía para estos ganaderos es la confiscación de las zonas en las que hay agua: esas tierras se protegen mediante setos o cercados, cultivos de decrecida en torno a las charcas y a orillas de los ríos o de depresiones más o menos explotadas y una ampliación del cultivo del arroz.

En aquellas tierras a las que pueden tener acceso todavía los rebaños se produce rápidamente un pastoreo excesivo, el cual «da lugar a la desaparición de unas gramíneas que se renuevan difícilmente». De hecho, los campesinos prohíben cada vez más a los pastores el acceso a esas zonas-refugio, y cuanto más duro ha sido el año tanto más celosamente se procura no tolerar a extraños en los alrededores.

Los nómadas que viajan con sus animales tropiezan, pues, con obstáculos en su itinerario y quedan parcialmente excluidos de las zonas más favorables.

«Algunos indicios, como la multiplicación de los conflictos entre ganaderos y campesinos respecto de las zonas de desplazamiento así como la reducción notoria y progresiva del tiempo que el ganado trashumante podía permanecer en el valle, confirman que la ampliación de las zonas de riego se ha efectuado en detrimento de las zonas de pastos.» (Ba Sayon Fofana, *op. cit.*)

Este confinamiento o expulsión progresiva de los pastores suscita algunas dificultades.

En efecto, ciertos grupos de nómadas se ven obligados a subir hacia el norte. Se estima que, de 1940 a 1970, los límites septentrionales de las zonas recorridas por los peules nómadas ha pasado del paralelo 15 al 18, lo que representa una distancia de más de 200 kilómetros.

Esta penetración hacia el norte se lleva a cabo con el cebú bororo, que es una vaca de pelo oscuro, joroba muy prominente y cuernos en forma de lira, muy apreciada por los peules pero que en esa zona se encuentra algo al margen de su cuadro ecológico normal, ya que es más corpulenta y menos resistente que la vaca azavak criada por los tuaregs.

La consecuencia más grave de la extensión de la zona de sedentarización y del aflujo de nómadas al norte es el replanteamiento del problema de la utilización tradicional de los pastos y de los pozos.

Por una parte, en la región meri-

dional del Sahel y en las zonas de refugio se instalaron unos recién llegados poseedores de un ganado que aumentaba de manera regular. Por otra, entre los propios nómadas hubo grupos que invadían terrenos de pastoreo que no eran tradicionalmente suyos.

Las costumbres y los pactos que rigen la utilización de los itinerarios y de los pozos «se van perdiendo por la acción aunada de los nuevos propietarios de ganado y de la reglamentación estatal de los pastos». (Ba Sayon Fofana, *op. cit.*) Grupos humanos que habían excavado por sí mismos sus pozos y que los administraban por su cuenta se ven ahora desposeídos del control y de la organización de sus propios pastizales. En suma, tras la desposesión política viene la desposesión económica, sobre todo en detrimento de las familias tuaregs.

Especialmente grave es el libre acceso de todos a los pozos, que viene a acabar con todo control por parte de los jefes y asambleas tradicionales, cuando, al mismo tiempo, apenas se aplican las medidas legislativas y reglamentarias «modernas». De hecho, la libertad geográfica de los ganaderos trae consigo la desorganización del espacio pastoral.

Es verdad que las autoridades han realizado esfuerzos para sustituir la costumbre tradicional por otro tipo de reglamentación, pero en la mayoría de los casos esos esfuerzos han sido mal acogidos por los ganaderos.

Sin embargo, tras los primeros años de sequía, se produjo un cambio en la actitud de numerosos pastores. A las prácticas habituales que les excluían totalmente de algunas zonas prefirieron a veces el cumplimiento fiel de las decisiones.

Pero, aun cuando en ese momento se hubiera intentado una reorganización del espacio saheliano, ya era demasiado tarde.

La irregularidad de las lluvias ha determinado un fenómeno fundamental: la disminución o la pérdida de la producción vegetal. Por ejemplo, algunas gramíneas sumamente sensibles al volumen de las precipitaciones se adaptan a los rigores de la sequía pero no echan sino uno o dos tallos en lugar de cinco o seis. En amplias extensiones ha desaparecido la alfombra de hierba dejando en su lugar un suelo desolado, seco y desnudo. En cuanto a la *Acacia Senegal*, la longitud media de la hoja ha disminuido de 34,3 mm en 1971-1972 a 24,7 mm en 1972-1973.

En la producción frutal se advierte un déficit aun mayor: solamente un árbol de cada seis fructifica en el segundo año. Pero el fenómeno más grave es la muerte de un gran porcentaje de árboles y arbustos sobrevenida entre 1972 y 1973 y que en el caso de la *Acacia Senegal* fue de más de la mitad.

A las consecuencias inmediatas de la sequía se suma la acción de los ganaderos que no han vacilado en destruir o mutilar los árboles y arbustos que quedaban. Así, con la esperanza de salvar sus hatos, han hecho retroceder peligrosamente la vegetación del Sahel.

Lo grave del problema es que los árboles y arbustos sahelianos desempeñan funciones de extrema importancia. A su sombra se crean minúsculos refugios favorables a la vegetación herbácea y a los insectos que, a partir de allí, pueden extenderse nuevamente y reconquistar los espacios intermedios. Esa sombra abriga asimismo a los animales domésticos, protegiendo del ardor del sol particularmente a las crías y, en caso necesario, a los propios pastores.

Una sucesión de años sin lluvias, hasta 1972, ha hecho que los ganaderos y pastores sufran en múltiples formas de la sequía: se debilitó el ganado, la mortalidad era ya considerable y, al mismo tiempo, disminuyeron las reservas de productos que los agricultores guardaban para su subsistencia o para la venta.

Luego, en 1973, hubo lluvias a la vez escasas y mal distribuidas a lo largo del año. Los cultivos de secano tuvieron un bajo rendimiento. Los de regadío no produjeron lo que se esperaba, ya que ni los grandes ríos ni las charcas alcanzaron el nivel necesario para inundar los campos y permitir así los cultivos habituales cuando se produce el descenso de las aguas.

Los pastos desaparecen. Contrariamente a lo que suele ocurrir, el ganado ovino y caprino, por una parte, y el bovino, por otra, se disputan las mismas hierbas y los mismos arbustos. Las charcas y numerosos pozos se secan. La disminución o la desaparición de las aguas de superficie afecta inmediatamente a los ganaderos y a los campesinos ya que son las de más fácil acceso y las que ellos pueden utilizar sirviéndose de las técnicas y de los utensilios disponibles.

Pero el deterioro del medio es más dramático en lo que respecta a los grupos humanos. Hemos visto cómo éstos se adaptaban al ambiente árido: los nómadas desplazándose para aprovechar los escasos recursos en el sitio donde los encontraban; los sedentarios, entre otros medios, utilizando el agua sólo cuando era preciso, tratando de reducir los riesgos mediante su sistema de cultivo y acumulando durante muchos años los cereales destinados al consumo propio y, si llegaba el caso, al comercio con los nómadas. Así era como los hombres del Sahel se aseguraban contra la amenaza de la escasez de alimentos.

Pero las condiciones han cambiado. Dado el crecimiento de los hatos, la extensión recorrida por los nómadas no ha bastado para garantizar una alimentación mínima al ganado y, si quedaba alguna brizna de hierba, ésta se encontraba frecuentemente lejos de

los ojos de agua cuyos alrededores ya habían quedado devastados. En resumen, el nomadismo no ha podido desempeñar su función tradicional.

En cuanto a la agricultura, aunque es verdad que se han conservado los antiguos sistemas de cultivo, en la zona meridional del Sahel se han introducido otros, como el del cacahuate y el del algodón, que han avanzado imprudentemente hacia las zonas frágiles, perturbando la rotación tradicional de los cultivos.

El deterioro del medio saheliano y la dislocación de las sociedades del norte de la región alcanzaron en 1972 y 1973 un nivel prácticamente irreversible. Ahora resulta evidente que el crecimiento de los hatos de ganado ha sido excesivo.

Pero cabe preguntarse: ¿sigue el ganado teniendo la misma importancia? ¿Qué ocurría, por ejemplo, con el ganado de los tuaregs cuando éstos optaron por el éxodo?

Acaso no sea muy inquietante el hecho de que casi la totalidad de los caballos y dos tercios de los asnos hayan muerto. Pero si lo es para los pastores la pérdida de más de la mitad de los camellos y las cabras y de casi la mitad de las vacas.

El valor comercial del ganado, ya reducido numéricamente, disminuye de día en día. Había ya una tendencia a la depreciación de los productos pecuarios de los nómadas en relación con los agrícolas de los sedentarios. Actualmente se está produciendo un verdadero derrumbe de los precios comerciales en detrimento de los ganaderos. Después de tres años de déficit en la producción de cereales, en abril y mayo de 1972 el precio del saco de 80 kg de mijo oscilaba, en Gao, entre 5.000 y 20.000 francos malianos, pero una vaca no costaba más de 1.000, una ternera 3.000 y un becerro 450. ■

El agua, el pasto y el mijo: he aquí los tres elementos que permiten la supervivencia en el Sahel. Para el campesino sedentario el riesgo de escasez, incluso en los periodos de sequía, es menor que para el nómada. Por ejemplo, en las aldeas de los haussas de Níger, como la que aparece en la foto del centro, se pila el mijo a la sombra de la choza (a la derecha de la fotografía) y después se almacena en silos de forma cilíndrica cubiertos con un techo de paja (a la izquierda) en previsión de la estación seca. Los nómadas, en cambio, pasan gran parte de su vida aguardando en torno a los pozos de la región, que son escasos o de poco e inseguro rendimiento. En la foto de la derecha, tomada antes del drama por el que pasaron esas poblaciones en los años 1973 y 1974, pueden verse junto a un pozo los hatos de varios pastores tuaregs esperando pacientemente su turno para beber. Actualmente (foto de arriba) se intenta volver a sembrar pastos en los suelos destruidos por dos años de una sequía de proporciones tales que la hierba no ha vuelto a crecer.



Foto Alain Nogués © Sygma, París



Foto © J.F. Schiano, París



Foto © Salgado

Sahel

4. Llegaron veinte mil,

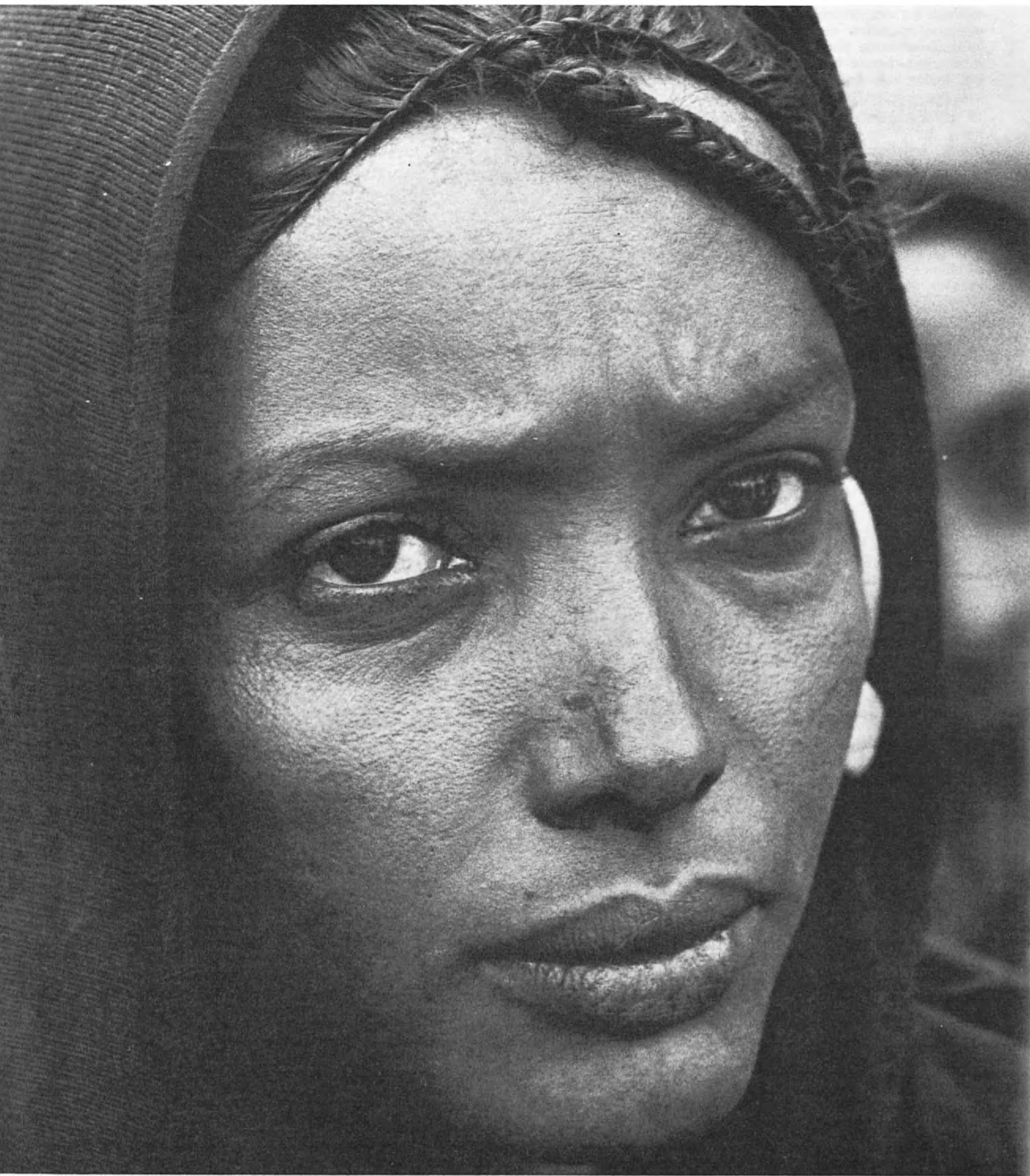


Foto © Claude Sauvageot, París

pero ¿cuántos emprendieron el camino?

UN día, los nómadas que huyen de la sequía y del hambre llegan a un sitio, a un lugar a donde han ido a parar ya otros refugiados, cerca de una aglomeración urbana donde por lo menos se puede beber y mendigar. En algunos casos el núcleo así formado se convierte en un centro de distribución de víveres, la noticia circula y ello hace que lleguen otros grupos errantes.

A lo largo de las dos orillas del Níger una gran parte de los nómadas malianos se dirigieron al campamento del Lazareto, junto a Niamey. Además, la sucesión de corrientes de agua y de charcas o balsas conducía también hacia la capital nigerina. Es, pues, comprensible que tomaran ese camino quienes buscaban algo para beber y esperaban encontrar pastizales propios de regiones húmedas. Añádase a ello la convicción que abrigan algunos de que únicamente en las proximidades de una gran ciudad se puede obtener un mínimo de ayuda.

Es así como unos cuantos grupos se instalaron en el Lazareto a partir de 1973, creciendo rápidamente. En noviembre y diciembre de ese año los refugiados pasaron bruscamente de 4.000 a 6.000. En enero de 1974 su número era de 10.000. En febrero excedía de 12.000. La cifra máxima corresponde a agosto de 1974: 22.000.

Como es de esperar, en el Lazareto sólo existen fragmentos de familias. «Actualmente, ninguna familia está completa en el Lazareto. No sabemos si nuestros padres van a venir a unirse con nosotros aquí o si vamos a regresar para tratar de reunirnos con ellos donde se quedaron.»

Una familia precedente de Gao constituye un ejemplo impresionante. Son seis hombres, cuya edad oscila entre 30 y 65 años, y una sola mujer mayor de 15 años. Es difícil imaginar que esos hombres no estuvieran ya casados, pero entonces ¿dónde se hallan sus esposas? He aquí otro grupo de once adultos (es decir personas mayores de 15 años) y solamente seis niños, ninguno de los cuales tiene menos de cinco años. ¿Dónde están los otros niños?

Una meseta casi sin árboles, barrida por el viento de arena y en la que no existen sino un dispensario y algunas cabañas de estilo djerma: aquí viven hacinados los sobrevivientes de la sequía y del hambre.

Este ambiente de miseria y desamparo es difícil de soportar para los nómadas. Se puede obtener agua pero muy racionada. Y lo más molesto es, para las tres cuartas partes de las familias refugiadas, los olores y las moscas y, para más de la mitad, «los gusanos que chupan la sangre».



Foto Georg Gerster © Rapho, París

Todo cuanto contiene una tienda de tuareg proviene del medio natural en que vive: estacas, esteras de fibra utilizadas como cortinas, alfombras de pelo de cabra o de camello, decoradas con motivos tradicionales, que aislan de la arena y del frío. Las teteras y el té, indispensables para las ceremonias de la hospitalidad, son importados. En las tiendas se instalan lechos plegables como el de la foto de abajo, con patas y largueros cuya solidez no excluye la calidad artística. Las esteras que en la foto aparecen enrolladas para el viaje sirven para protegerse del viento. Entre los wodaabes, que pertenecen a la etnia de los peules bororos, son las mujeres quienes suelen transportar sobre la cabeza todos los elementos de la vivienda. A la izquierda, una tuareg de Níger.

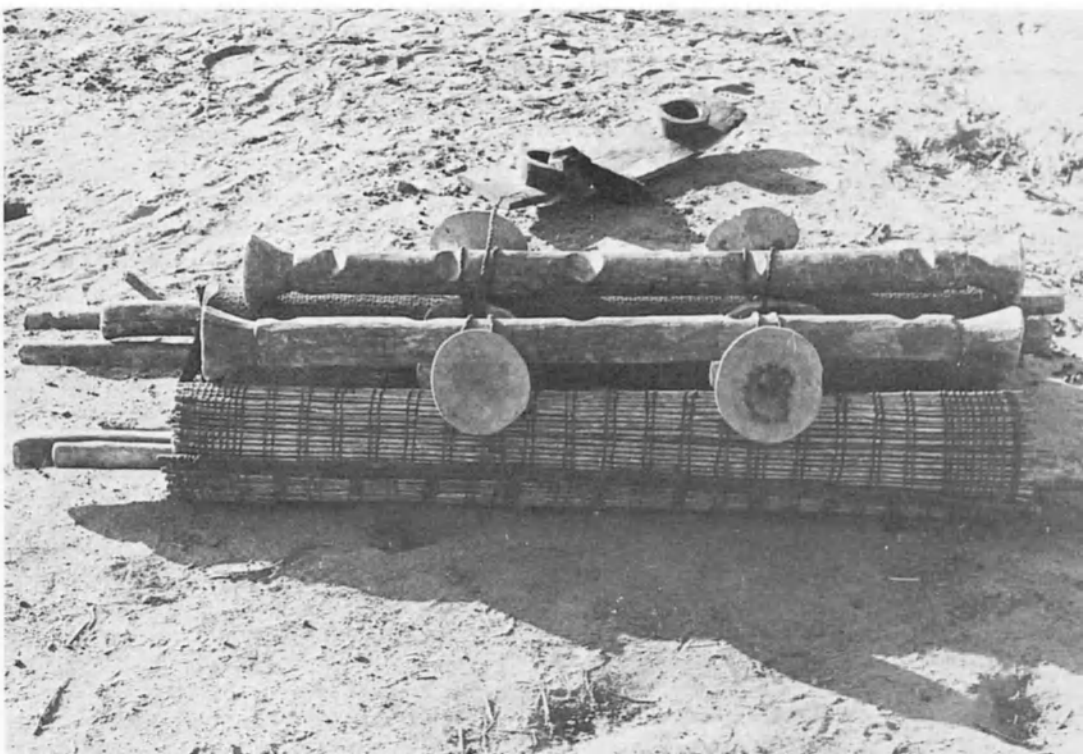


Foto © J.F. Schiano, París

▷ No se puede obtener gran cosa de los alrededores: sólo algunas ramas y, con un poco de suerte, unos pocos tallos de mijo para la vivienda. Sin embargo, las cuatro quintas partes de las familias van a buscar en los matorrales leña para la cocina. Una cuarta parte utiliza, además, la paja de mijo. Contra lo que era normal en la región de la que son originarios, aquí solamente una vigésima parte de los nómadas utilizan combustible de origen animal ya que prácticamente no hay ganado de que obtenerlo.

A su llegada, la mayoría no tiene dónde albergarse ni dormir. Con raras excepciones, las tiendas, almohadones y frazadas han sido vendidos en el trayecto o simplemente abandonados cuando ya no quedaban animales para transportarlos. A esta situación escapan casi únicamente los wodaabes, cuyas mujeres, siguiendo su costumbre, han transportado sobre la cabeza los utensilios habituales y, a veces, las piezas de madera sobre las cuales se tiende la cama.

Desde su llegada a Niamey casi la totalidad de los nómadas han tenido algo que comer cada día. No es que la distribución de alimentos haya asegurado a cada uno una ración suficiente, pero, de todos modos, se ha llevado a cabo de manera sistemática y regular.

Sin embargo, los nómadas viven con la obsesión de que puedan suspenderse tales donativos. Si se les pregunta cuál es su preocupación fundamental, la mitad de ellos responden: «los víveres».

A fines de enero de 1974 había cerca de cuatrocientas tumbas en el cementerio del campamento. Pero puede afirmarse que después de la dura prueba del éxodo se muere menos en el Lazareto.

¿Cómo hacer frente a este flujo de nacionales y de extranjeros en tan grave estado de desnutrición y con tales problemas de salud?

Durante el mes que precedió a la realización de la encuesta en el Lazareto, en la mitad de las familias una persona por lo menos había recibido cuidados médicos. En cuanto a las carencias de tipo alimentario, son graves pero tal vez menos de lo que cabría pensar: los más afectados ya están muertos.

Se advierten en el Lazareto los primeros indicios de un despertar, de una reacción, de una nueva decisión de los nómadas de tomar en sus manos su destino. Por ahora no se trata sino de una minoría reducida pero esta nueva actitud tuvo como resultado que, a fines del primer trimestre de 1974, los refugiados llevaron a cabo los primeros trabajos de acondicionamiento ecológico del campamento.

Hacia la misma época comenzaron a funcionar siete escuelas improvisadas y un grupo mínimo de animación puso manos a la obra. Con estos rudimentos de reorganización de su

medio ambiente por parte de los nómadas refugiados en el Lazareto comienza tal vez el fin de una actitud de abdicación y de pasividad.

Pero la ruptura con el medio del que provienen sigue siendo total. Como se sabe, el ganado suministraba leche y carne, asegurando así la alimentación diaria o permitiendo el trueque con mijo. Con la piel, la lana y el pelo de los animales se fabricaban arneses, odres, tiendas, vestidos. Hasta la boñiga se utilizaba como combustible.

Ahora los víveres vienen de lejos, por avión o en camiones, junto con mantas y ropa. Los materiales de embalaje y los desechos de la ciudad se convierten en materiales de construcción de las cabañas o bohíos o en combustible para cocinar.

Resultado de todo esto es que apenas quedan los restos de un pueblo presa de la angustia, pendiente de la ayuda exterior. ¿Qué pueden estos hombres esperar del porvenir? Para los nómadas que han perdido todo su ganado la situación sigue siendo angustiosa: «Su desorientación es total en medio de horizontes desconocidos y en regiones cuyo idioma desconocen. No han conservado nada de su marco natural de vida: ni la vivienda (aunque han reconstituido tiendas improvisadas con materiales insólitos como cartones, cajas y latas) ni las costumbres alimentarias. No cuentan con bestias de carga. Los hombres deben aprender, larga y difícilmente, el trabajo de jornaleros o de artesanos, reconversión que su sociedad organizada en castas no habría tolerado en tiempos normales. Así, las familias refugiadas dependen de la caridad y de la beneficencia públicas, siempre inciertas, y de los pequeños trabajos que se les confía (transportar el agua y la leña, pilar el mijo...)» (Yveline Poncet, *op. cit.*).

Sin embargo, la mayoría de ellos sueñan. Entre los adultos, cinco de cada seis refugiados afirman que tienen sueños. Un jefe de tienda «no sueña sino con el hambre». Otros «sólo con el camión que les distribuye los víveres». Son muchos los que reviven su pasado: «soñamos con tener nuestros animales y vivir en nuestra tierra como de costumbre».

¿Quedarse o partir? ¿Cuál es, en definitiva, la opinión de los refugiados sobre este problema crucial? Hay quien quisiera volver a su zona de origen. «Quisiéramos regresar, siempre que materialmente podamos, el día en que poseamos algo... Puedo quedarme allí, y para siempre. Si pudiera vivir en mi tierra, no viviría en ningún otro sitio.»

Pero sólo un nómada de cada diez piensa en el regreso. El sentimiento más generalizado es el de que los tuaregs se han visto obligados recientemente a emprender un éxodo en masa y que necesitan encontrar un nuevo país.

Pero hay también otro aspecto cuya importancia no es menor. Nos refe-

rimos al traumatismo psicológico que parece afectar actualmente a los nómadas. Se sienten burlados. Ante todo en el plano económico; en efecto, consideran que en los mercados de Malí no se les ofrece a cambio de su ganado sino cantidades irrisorias de mijo. De ahí que, según ellos, dada su condición de ganaderos, su poder adquisitivo disminuya sin cesar.

Otros se quejan de que después de haber construido una especie de cerca de espinas para apartar a los becerros de sus madres, los *gumieros* (guerreros árabes a caballo) les imponen multas acusándolos de haber cortado arbustos protegidos.

Menos importante que verificar la veracidad de esos asertos es comprobar hasta qué punto tal sentimiento parece estar enraizado en la conciencia de los tuaregs y advertir las consecuencias de semejante estado de ánimo. Para muchos refugiados el éxodo determinado por la sequía constituye, en el fondo, una migración con repercusiones políticas. En fin de cuentas, estos hombres y mujeres van en busca no sólo de un poco de comida y de agua sino también de tranquilidad, de un asilo de paz, de un lugar donde su pueblo pueda, tal vez, confiar en poder seguir viviendo.

Si los adultos no ven ningún porvenir para sí mismos en la zona donde viven, tienen que sacar la consecuencia lógica: quieren para sus hijos una vida distinta de la suya. Muchos de ellos se dan cuenta de cómo cambian los tiempos, de cómo los animales ya no aportan nada. «No queremos —dicen— que nuestros hijos sean pastores; ahora comprendemos que la vida sedentaria es mejor que el nomadismo.»

En su conjunto, una tercera parte consideran que los niños podrían realizar el mismo trabajo que sus padres. Una sexta parte de los cabezas de familia subordina este hecho a la reconstitución de un ganado suficiente. Sin embargo, un poco más de la mitad de los nómadas refugiados no desean que sus hijos sean pastores.

Esto supone que la nueva generación ha de recibir una educación diferente de la dispensada a aquella que la precedió. ■

LOS SOCORROS LLEGAN POR TIERRA Y POR AIRE

Numerosos países del mundo entero respondieron al desastre de la miseria y el hambre que azotó a las poblaciones del Sahel, enviando inmediatamente barcos, caravanas de camiones y aviones cargados de víveres. (Arriba a la derecha, un convoy inglés de socorro.) Entre Bélgica y Níger se estableció un puente aéreo gracias al cual en 1973 y 1974 los aviones belgas transportaron 5.330 toneladas de víveres y otros artículos. Para ello fueron necesarias 1.755 horas de vuelo, lo que equivale a un recorrido de 700.000 kilómetros. A la derecha, un grupo de tuaregs saluda la llegada de un avión belga a Níger.



Sahel

5. ¿Un éxodo

A la derecha, una escuela para niños del Sahel improvisada en un campamento de auxilio cerca de Niamey. Por su propia iniciativa, los refugiados sahelianos organizaron allí siete escuelas de este tipo a comienzos del año pasado. Obligados a abandonar su medio, la gran mayoría de los jefes de familia que se encuentran en el campamento consideran ahora que la escolarización constituye la clave de una nueva vida para sus hijos. En la página siguiente, unos pastores tuaregs en Tasili, en el sur de Argelia, donde el viento y las lluvias han esculpido los acantilados en formas insólitas.

COMO resultado del éxodo, los niños que habían asistido, por poco que fuera, a la escuela adquirieron una importancia especial. Por lo pronto, esos niños pudieron comunicarse con grupos étnicos diversos. Y, sobre todo, demostraron estar en mejores condiciones que nadie para tratar con las personas que aportaban socorros, actuando, por ejemplo, como intérpretes o —función particularmente envidiada— como intermediarios en la distribución de alimentos.

Han podido así los nómadas percatare de que los jóvenes tienen mejores oportunidades de encontrar trabajo y de incorporarse a la vida moderna. Hay incluso adultos que quisieran aprender; así, ese tuareg de Gao que afirma: «Si dispusiera de los medios necesarios para poder ir a la escuela, iría a ella sin duda alguna.»

Hoy la gran mayoría de los refugiados manifiestan su voluntad de hacer que sus hijos reciban una educación escolar: el 96% de los cabezas de familia responden en ese sentido.

¿Y qué piensan de los valores culturales que deben transmitirse a la nueva generación? Hay quienes afirman que, «cuando haya recibido la debida instrucción, es al niño a quien compete escoger por sí mismo su estilo de vida». ¿Es esta actitud la consecuencia lógica de la imposibilidad en que actualmente se encuentran los padres de familia de mantener a los suyos y de seguir ejerciendo una autoridad real? ¿O bien se trata de la exacta comprensión por su parte de que los valores nómadas tradicionales no van a ser de gran utilidad en el marco de la vida urbana? Quizá se trate de ambas cosas a la vez.

Cabe decir, por tanto, que la educación que anhelan los jóvenes está en neta oposición con lo que soñaron sus mayores. Los tuaregs renuncian pues a transmitir sus valores tradicio-



Foto David Burnett © Gamma. Paris

nales a través de la educación. ¿No lo harán también en otras esferas?

Sorprende la actitud que actualmente adoptan los nómadas en lo que respecta al matrimonio de sus hijas.

Para algunos «ni siquiera la miseria justifica el hecho de abandonar los principios», como en el caso de una familia de Gao que no permitirá que sus hijas se casen con quienes no pertenezcan al grupo de los morabitos. «De otra manera, no daré mi hija si siquiera a un rico», agrega el padre. Desde luego, se trata de un punto de vista minoritario. La mayor parte de los nómadas tiene perfecta conciencia del trastorno que el éxodo causa en la elección de marido. «Antes no daba mis hijas sino a los musulmanes, cualquiera que fuera su raza. Ahora daría mi hija a cualquiera que traiga comida.»

Pero hay algunos que rehuyen tomar posición ante el derrumbamiento de las actitudes tradicionales de la sociedad tuareg en materia de matrimonio y se escudan tras el argumento de la libre elección por parte de la muchacha: «Es la mujer quien debe elegir».

Hay indicios que autorizan a pensar que los tuaregs se apartan de la ima-

gen que tenían de sí mismos. «Ahora tienen miedo de las llanuras sahelianas y la gente de la ciudad se burla de ellos.»

Para muchos refugiados el vínculo religioso se presenta como el único que subsiste entre ellos, y el Islam como el único rasgo que tienen en común con la población que los acoge.

Prácticamente han desaparecido las relaciones de subordinación o de dependencia, aunque algunos «cautivos» se aferran todavía a sus amos como a una tabla de salvación; inversamente, algunos servidores o artesanos se apiadaron de sus amos que, al comienzo, eran incapaces de realizar otras faenas que las ganaderas.

Ha sido en los momentos difíciles cuando algunos nobles u hombres libres pudieron dar muestras de su magnanimidad compartiendo el agua escasa y los alimentos entre sus hijos y sus siervos. Pero muchos de ellos, una vez llegados al punto en que tal comportamiento significaba la muerte, optaron por abandonarlo y sobrevivir. Pese a todo, en los campamentos se está siempre «mezclado» de una manera u otra. La jerarquía social tiende a invertirse. El mercado de los centros

sin esperanza de retorno?

Foto Jean-Dominique Lajoux © Rapho, París



urbanos suministra a los zapateros, herreros y joyeros una oportunidad para vender sus productos en mejores condiciones que en los campamentos.

En el medio saheliano la ayuda mutua entre las familias era habitual: formaba parte de las condiciones necesarias para la supervivencia en el medio y constituía una norma fundamental en las relaciones sociales.

En el Lazareto, en cambio, el 44% declaran que ninguna familia les presta ayuda en la vida cotidiana. Asimismo, el 47% afirman que no ayudan a nadie. En realidad, para la mitad de los refugiados la antigua norma se ha transformado en otra: cada uno para sí. Ante todo entre las familias: cada una oculta a las otras muchas cosas, particularmente las posibilidades que tienen de trabajar, el conocimiento que han hecho con una persona que puede resultar útil o un pequeño excedente de alimentos que han podido encontrar. A menudo sucede que se oculten en el refugio o en la tienda para comer en silencio lo que un niño o un adulto han obtenido gracias a la mendicidad.

Hay que señalar que cualquier persona o familia sospechosa de poseer algo más que los víveres distribuidos en común se ve inmediatamente aco-

sada por parientes, servidores y vecinos que vienen a exigir unas migajas.

Si la mayor parte de los lazos que los unían se han roto es sobre todo porque ya nadie se siente capacitado para cumplir con sus obligaciones económicas y sociales. Antes de la sequía eran numerosos los jefes de familia que ofrecían su protección y ciertos servicios a cambio de trabajo y de respeto. Ahora ya no tienen un ganado que cuidar y son incapaces de proteger y alimentar a su familia y sus dependientes. El respeto ya no tiene base alguna y carece de sentido.

Así es como ha evolucionado, al parecer, la sociedad tuareg. La derrota a comienzos del siglo, luego la monetización y, finalmente, la sequía y el hambre la han llevado a la dispersión y al desmembramiento. Se han disuelto confederaciones, tribus, fracciones, grupos familiares y sólo quedan algunos vestigios de la antigua solidaridad. Actualmente la tendencia predominante es que cada uno tiene su suerte como pueda. Los comportamientos de la época del hambre subsisten incluso cuando los refugiados reciben víveres regularmente.

La sociedad tuareg, biológicamente destrozada, lo está también desde el

punto de vista social y cultural. ¿Quién va a servirse en el futuro del alfabeto tamacheq de los tuaregs? ¿Y cuántos niños vivirán (si llegan a vivir) en un medio donde se comprenda ese dialecto bereber que hablan sus mayores?

Pese a todo, la destrucción no es completa. Todavía quedan energías. En algunos surge la decisión de escapar a su estado actual de seres que viven de la ayuda ajena. No todos han arrojado por la borda los valores culturales de antaño.

Lo importante —y acaso lo fundamental— es que persiste entre esos refugiados la conciencia de constituir una entidad humana y cultural, no una nación con pretensiones de reivindicar un territorio.

Lo sucedido en el Sahel ha repercutido en la opinión africana y en la opinión mundial. No cabe duda alguna de que la sequía y sus consecuencias han hecho que un sector de las élites de los países interesados cobren nueva conciencia de su situación y les ha inducido a hacer un análisis más profundo de los aspectos económicos y humanos del desastre así como de la política puesta en práctica durante el periodo que lo precedió y aquél en que se trató de resolver el problema. ■



¿EL FIN DEL CAMINO?

Los lectores nos escriben

UNA VENTANA ABIERTA AL MUNDO

Soy un lector asiduo de *El Correo de la Unesco*, revista que hallo del más grande interés. Cada número constituye, como bien dice su lema, «una ventana abierta al mundo».

Maleria Mlyniec
Varsovia

¡ESCASEZ DE ENERGÍA NUCLEAR?

En el artículo, sumamente importante y sugestivo, «Balance de la energía en el mundo» (*El Correo de la Unesco* de enero de 1974) se demuestra que existe una apremiante necesidad de energía nuclear pero que ésta sigue siendo insuficiente, costosa e incierta.

Quisiera recordar al respecto que en el número correspondiente a abril de 1968, en esta misma sección, la Redacción de la revista respondía a una pregunta planteada por mí diciendo que «la energía atómica acumulada en las armas nucleares puede dedicarse a propósitos pacíficos».

Esa energía almacenada suma actualmente algunos centenares de miles de megatones. ¿Qué inmensa cantidad de energía, inmediatamente disponible, si el mundo fuera sensato? ¿Quién tomará la iniciativa de dar el primer paso?

A. Loeff
Rotterdam, Holanda

EL PROBLEMA DE LA POBLACION: UNA RESPONSABILIDAD COLECTIVA

A la pregunta que formulara Cain: «¿Acaso soy el guardián de mi hermano?», el número de julio-agosto de 1974 de *El Correo de la Unesco* sobre el Año Mundial de la Población da una respuesta tajante: «¡Sí!» Pero ante la aceptación general de los problemas que entraña una población mundial que se acerca a la cifra de 4.000 millones de habitantes, esa respuesta plantea nuevas preguntas.

Un país prohíbe el control de la natalidad. La población aumenta entonces con mayor rapidez que las posibilidades de suministrar empleo y alimentación a sus habitantes. ¿Deben los demás países apoyar a una nación que no se ayuda a sí misma?

Otro país es rico. Su población consume en alimentación más de lo necesario. Utiliza para su esparcimiento recursos que países más pobres podrían emplear para producir alimentos. Despilfarra mientras otros tienen hambre. ¿Deben los que están en mejores condiciones compartir lo que poseen con aquellos que no satisfacen ni siquiera sus necesidades elementales?

Un país poco poblado reclama su derecho a contar con más hombres y mujeres para desarrollar sus recursos potenciales. ¿Deben los beneficios del

desarrollo aprovechar a todos por igual? ¿O el llamamiento en favor del control de la natalidad es un subterfugio para perpetuar la riqueza y la pobreza extremas de hoy?

Cada país insiste en que sólo a él compete decidir lo que puede y lo que debe hacer por su pueblo, sin interferencia alguna de los demás. Pero ¿debe un país, o un grupo de países, poner fin a las prácticas nocivas y perjudiciales de otro?

La única manera efectiva de incitar a los hombres a actuar en pro del bien común es la educación, a fin de que todos comprendan cuáles son sus intereses mediatos e inmediatos. ¿Hay tiempo aún para que esta campaña sea eficaz? ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

Rachmiel Forschmiedt
Seattle, Washington

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

Para que el hombre tenga acceso a la educación, a la ciencia y sobre todo a la cultura es preciso que se libere de las tareas más engorrosas encomendándolas a las máquinas. Uno de los objetivos de la civilización debe ser reducir al máximo los trabajos desagradables, fragmentarios y sin interés. Por ello estoy en desacuerdo con el texto aparecido en *El Correo de la Unesco*, número de julio-agosto de 1974 dedicado al Año Mundial de la Población, al pie del dibujo titulado «¿El hombre o la máquina?» (de una serie de carteles publicados por la Organización Internacional del Trabajo). Allí puede leerse lo siguiente: «Hay que dar trabajo al que no lo tiene. Por consiguiente, siempre que esté económica y socialmente justificado, deberá recurrirse al hombre y no a la máquina.»

Por lo demás, el dibujo y el texto a que me refiero están en contradicción con la última reproducción de los mencionados carteles de la OIT, que aparece en la página 38. En mi opinión, a la Unesco le compete hacer que los desocupados se conviertan en hombres educados y cultos.

Gabriel Gouinguenet
Nanterre, Francia

EL MUNDO A TRAVES DE « EL CORREO »

Soy un estudiante de secundaria de Loum, Camerún, y descubrí *El Correo de la Unesco* en casa del director de una escuela de N'Lohe, a 12 km de la aldea en que habito. Me ha entusiasmado esa revista editada por la Unesco, que es el organismo internacional con mayor autoridad para informar y educar.

En nuestra localidad rural tenemos grandes dificultades para obtener informaciones. Es verdad que los periódicos locales nos proporcionan noticias sobre la vida de nuestro país pero en el mundo

actual es indispensable conocer los problemas mundiales, y eso es precisamente lo que nos falta. Por ello hemos formado un grupo de doce alumnos de los cursos superiores, del cual soy presidente, con el fin de obtener informaciones y acumular ideas para poder exponerlas a los estudiantes y a la población en general, dado que carecemos incluso de biblioteca.

Robert M'Pondo
Loum, Camerún

SALVAGUARDIA DE SITIOS Y MONUMENTOS

La lectura de los artículos de *El Correo de la Unesco* sobre los grandes tesoros del arte mundial constituye siempre un placer. En ellos puede apreciarse la preocupación constante de esa Organización internacional por preservar los monumentos históricos, como puede advertirse en el número de diciembre de 1974, en la relación sucinta de sus actividades con vistas a la conservación del patrimonio artístico de Nepal y de 15 ciudades del mundo entero.

A este respecto sería interesante saber qué solución se ha encontrado para salvar la espléndida y vieja ciudad de Venecia y en qué estado se encuentran actualmente los trabajos de restauración.

Desgraciadamente, Italia, con poco más de 300.000 kilómetros cuadrados y cerca de 55 millones de habitantes, pero que no cuenta con fuentes nacionales de ingreso de particular importancia (como, por ejemplo, Irán con su industria petrolera, una superficie de 1.650.000 kilómetros cuadrados y una población de sólo 30 millones de habitantes) tiene una apremiante necesidad de asistencia financiera.

Gracias por la labor extremadamente valiosa que están realizando en bien de la humanidad entera y, en lo que personalmente me concierne, por las horas de placentera lectura que me proporcionan.

Linda E. Spacek-Jung
Nueva York

N.D.L.R. —El Correo de la Unesco ha publicado numerosos artículos sobre la salvaguardia de Venecia, particularmente en sus números correspondientes a enero de 1967 y diciembre de 1968.

LOS DEFICIENTES VICTORIOSOS

Les felicito por el número de marzo de 1974 titulado «Los deficientes: victoria sobre el fatalismo», de particular interés para mí dada mi condición de director de la revista *Mook-Dhwani* que publica la Federación Nacional de Sordos de la India.

Aprovecho esta oportunidad para informarles que me será grato reproducir en uno de los próximos números algunos artículos aparecidos en *El Correo de la Unesco*.

R.L. Bhat
Nueva Delhi

LIBROS RECIBIDOS

■ **Antes de ayer y pasado mañana**
por José Bergamín
Seix Barral, Barcelona, 1974

■ **El círculo Yesida**
por Carlos M. Clerici
Seix Barral, Barcelona, 1974

■ **Vista del amanecer en el trópico**
por G. Cabrera Infante
Seix Barral, Barcelona, 1974

■ **Miguel de Unamuno**
El escritor y la crítica
Edición de A. Sánchez Barbudo
Taurus Ediciones, Madrid, 1974

■ **Pío Baroja**
El escritor y la crítica
Edición de J. Martínez Palacio
Taurus Ediciones, Madrid, 1974

■ **La relación crítica**
(Psicoanálisis y literatura)
por Jean Starobinski
Taurus Ediciones, Madrid, 1974

■ **El aciago demiurgo**
por E.M. Cioran
Taurus Ediciones, Madrid, 1974

● **La Universidad española**
(Siglos XVIII y XIX)
por M. Peset y J.L. Peset
Taurus Ediciones, Madrid, 1974

■ **Léo Ferré**
por Sergio Laguna
Ediciones Júcar, Madrid, 1974

■ **Antología poética**
de Raúl González Tuñón
Con una semblanza por Elvio Romero
Losada, Buenos Aires, 1974

■ **Mañana, Mao**
por Carlos Thorne
Losada, Buenos Aires, 1974

■ **Fulgor y muerte**
de Joaquín Murieta
por Pablo Neruda
Losada, Buenos Aires, 1974

■ **Europa en el año 2000**
por B. de Jouvenel, J. Tinbergen
y otros
Fundación Europea de Cultura
Revista de Occidente, Madrid, 1974

■ **Lecciones sobre la filosofía**
de la historia universal
por G.W.F. Hegel
Revista de Occidente, Madrid, 1974

■ **La Biblia en España**
por George Borrow
Introducción y traducción
de Manuel Azaña
Alianza Editorial, Madrid, 1974

■ **La escritura invisible**
por Arthur Koestler
Alianza-Emecé, Madrid, 1974

■ **Cartas a Milena**
por Franz Kafka
Alianza-Emecé, Madrid, 1974

■ **Glosas de Sabiduría o**
Proverbios Morales y otras rimas
por Don Sem Tob
Edición de A. García Calvo
Alianza Editorial, Madrid, 1974

■ **El viento del sol**
por Arthur C. Clarke
Alianza Editorial, Madrid, 1974

■ **Narrativa rumana contemporánea**
Prólogo y selección
de Darié Novăceanu
Alianza Editorial, Madrid, 1974

■ **Historia de la arqueología**
por Glyn Daniel
Alianza Editorial, Madrid, 1974

■ **La nueva Edad Media**
por Umberto Eco y otros
Alianza Editorial, Madrid, 1974

LATITUDES Y LONGITUDES

Medalla de la Unesco por el centenario de Miguel Angel



Para conmemorar el quinto centenario del nacimiento de Miguel Angel (marzo de 1475) la Unesco ha emitido una reproducción de la medalla acuñada en 1561 por el escultor italiano Leone Leoni, con el retrato de su gran contemporáneo. El producto de la venta de las medallas se hará llegar, por intermedio del Programa de Bonos de la Unesco, al Centro Voltaico de Arte, de Uagadugú, Alto Volta, a fin de ayudar a los jóvenes artistas africanos. Las medallas, que existen en oro, plata y bronce, pueden solicitarse al Servicio Filatélico, Unesco, Place de Fontenoy, París 75700, Francia.

Exposición ambulante de arte de Oceanía

Próximamente se presentará en diversos países una exposición de arte de Oceanía, organizada por la Unesco dentro de su programa de estudios de las culturas de ese continente, iniciado en 1971. Entre las actividades recientes emprendidas por la Organización en el marco de dicho programa figuran varias grabaciones de música de las islas Salomón (Antología «Fuentes Musicales» de la Unesco) y el establecimiento de una bibliografía sobre las tradiciones orales de Oceanía preparada por la Universidad de Auckland, Nueva Zelanda.

500.000 estudiantes en el extranjero

Los estudiantes que siguen cursos fuera de sus países, generalmente gracias a becas, donaciones y otras formas de ayuda económica, suman cerca de medio millón cada año. *Estudios en el extranjero*, uno de los «best-seller» de la Unesco cuya vigésima edición, enteramente revisada, acaba de aparecer (véase el anuncio de la página 35), ofrece la lista más completa de becas, cursos, estudios, etc. del mundo entero. La mayoría de los estudiantes de ese tipo se concentran en trece países: Estados Unidos (140.000), Francia (35.000), República Federal de Alemania (34.000), Canadá (31.000), Reino Unido (27.000), Líbano (21.000), Italia (18.000), Unión Soviética (17.000), Egipto (14.000), Argentina (12.000), Japón (11.000), España (10.000) y Suiza (10.000).

Las Naciones Unidas y la energía geotérmica

En mayo de 1975 se celebrará en San Francisco, Estados Unidos, un coloquio de especialistas en desarrollo de las fuentes de energía, provenientes de unos cincuenta países, con el fin de estudiar las posibilidades de aprovechamiento de la energía geotérmica para hacer frente a la demanda futura de energía en el mundo. Las Naciones Unidas han prestado asistencia técnica para la instalación de generadores geotér-

nicos de electricidad en la República de El Salvador y en el Norte de Chile. Estudios similares se están llevando a cabo en Kenia, Etiopía y la India, con la ayuda de la ONU.

Plantas soviéticas en peligro

El Centro Botánico de la Unión Soviética está publicando un «libro rojo» en el que se enumeran cerca de 600 especies vegetales que se hallan amenazadas de desaparición. Entre ellas figuran cedros de Corea y de Siberia, tejos de Europa y del Lejano Oriente así como diversas plantas medicinales. La ganadería y la tala de bosques están causando la destrucción de la flora soviética.

Un millón de dólares para el Sahel

El gobierno de Arabia Saudita acaba de hacer un donativo de un millón de dólares para financiar los programas de ayuda de la Unesco a siete países del Sahel: Alto Volta, Chad, Gambia, Malí, Mauritania, Níger y Senegal. En cumplimiento de una decisión adoptada por el difunto rey Faisal, el delegado permanente de Arabia Saudita ante la Unesco, señor Hamad Al Khowaiter, hizo entrega del donativo el 28 de marzo de 1975 al Director General, señor Amadou-Mahtar M'Bow. Esa suma incrementará el fondo fiduciario de la Unesco para financiar diversas actividades educativas.

En comprimidos...

■ **Granada (isla de las Antillas Británicas)** se incorporó a la Unesco el 17 de febrero de 1975, convirtiéndose en el 136º Estado Miembro de la Organización.

■ **Hacia 1978 el mundo hará frente a una escasez de papel que se calcula en 16 millones de toneladas métricas (o sea diez veces más que en 1974)**, según un estudio conjunto de la FAO y del Programa de las Naciones Unidas par el Desarrollo.

■ **La Fundación Internacional para la Ciencia, que acaba de crearse en Suecia, ayudará a los países en desarrollo a formar científicos y a fomentar la investigación, mediante la concesión de becas que permitan a los jóvenes estudiosos realizar estudios científicos en sus propios países.**

■ **En 1975 y 1976 se crearán, con los auspicios de la Unesco, dos centros regionales para el fomento del libro: uno en El Cairo, para los países árabes, y otros en Yaundé (Camerún) para África. De este modo todas las regiones en desarrollo del mundo entero contarán ya con centros de ese tipo.**

■ **Según la OMS, los casos de enfermedades cardiovasculares son mucho más frecuentes en los países de la Europa septentrional que en los del sur del mismo continente. En Helsinki, por ejemplo, se producen cinco veces más ataques cardíacos que en Sofía.**

Acaba de aparecer



523 páginas

Precio: 24 francos

Trilingüe: inglés-francés-español

Estudios en el extranjero Becas y cursos internacionales 1975-1976. 1976-1977

Hace veinticinco años que la Unesco viene publicando *Estudios en el extranjero*. Esta nueva edición —la vigésima— enumera y describe las becas de estudio, los cursillos, los programas de viajes y los cursos internacionales en todas las materias de estudio que ofrecen, financian o administran más de 70 organizaciones internacionales y más de 2.000 instituciones nacionales (programas establecidos por los gobiernos, fundaciones y dotaciones privadas, universidades, institutos y asociaciones) en casi 130 países y territorios.

Esta vigésima edición contiene también datos sobre las condiciones de admisión, los conocimientos lingüísticos requeridos, los gastos de estancia y de escolaridad, las fuentes de información, etc., para los estudiantes extranjeros en la mayoría de los países donde han de estudiar.

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

★

ANTILLAS HOLANDEAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao. — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S.A., Alsina 1131, Buenos Aires. — **REP. FED. DE ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation Postfach 148, Jaiserstrasse 13, 8023 München-Pullach. Para « UNESCO KURIER » (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. — **BOLIVIA.** Los Amigos del Libro, Casilla postal 4415, La Paz; Casilla postal 450, Cochabamba. — **BRASIL.** Fundação Getúlio Vargas, Serviço de Publicações, caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, avenida Jiménez de Quesada 8-40, apartado aéreo 49-56, Bogotá; Distri-

libros Ltda., Pío Alfonso García, carrera 4a, Nos. 36-119 y 36-125, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., calle 17, Nos. 6-59, apartado nacional 83, Girardot, Cundinamarca; Editorial Losada, calle 18 A Nos. 7-37, apartado aéreo 5829, apartado nacional 931, Bogotá; y sucursales: Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos. 14-73, oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, oficina 736, Cali. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., Apartado 1313, San José. — **CUBA.** Instituto Cubano del Libro, Centro de Importación, Obispo 461, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., casilla 10.220, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a. calle Oriente No. 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Ediciones Iberoamericanas, S.A., calle de Oñate 15, Madrid 20; Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egiplacías 15, Barcelona; Ediciones Liber, apartado 17, Ondárroa (Vizcaya). — **ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.** Unipub, a Xerox Education Company, P.O.

Box 433, Murray Hill Station Nueva York N.Y. 10016. — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila. D-404. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco 7-9, place de Fontenoy, 75700 Paris, C.C.P. Paris 12.598-48. — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a. calle 9.27, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie « Aux belles images », 281, avenue Mohammed-V, Rabat. « El Correo de la Unesco » para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabidine, Rabat (C.C.P. 324-45). — **MEXICO.** CILA (Centro Interamericano de Libros Académicos). Sullivan 31-Bis México 4 D.F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho Ltda., caixa postal 192, Beira. — **PERU.** Editorial Losada Peruana, apartado 472, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70, Lisboa. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres S.E. 1. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya, S.A. Librería Losada, Maldonado 1902, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av. Francisco de Miranda, 52-Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas.

EL SEÑOR DEL DESIERTO

Desde hace unos dos mil años el camello, cuya extraordinaria sobriedad le posibilita para vivir en un medio en que el ganado bovino u ovino no podría subsistir, permite a los nómadas del Sáhara y de sus confines un tipo de economía muy particular, basado simultáneamente en la ganadería y en el comercio. Gracias al camello ha podido establecerse en la inmensidad del desierto una vasta red de intercambios comerciales mediante las caravanas (véanse las páginas 18 y 19). En la foto, un nómada en un oasis de Argelia meridional.

Foto © Sipahioglu, Paris

